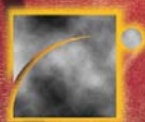




kristin cashore

FUEGO

LOS SIETE REINOS II



Fuego



Fuego

Kristin Cashore

Traducción de Mila López Díaz-Guerra

Rocaeditorial

Título original: *Fire*
© Kristin Cashore, 2009

Primera edición: abril de 2010

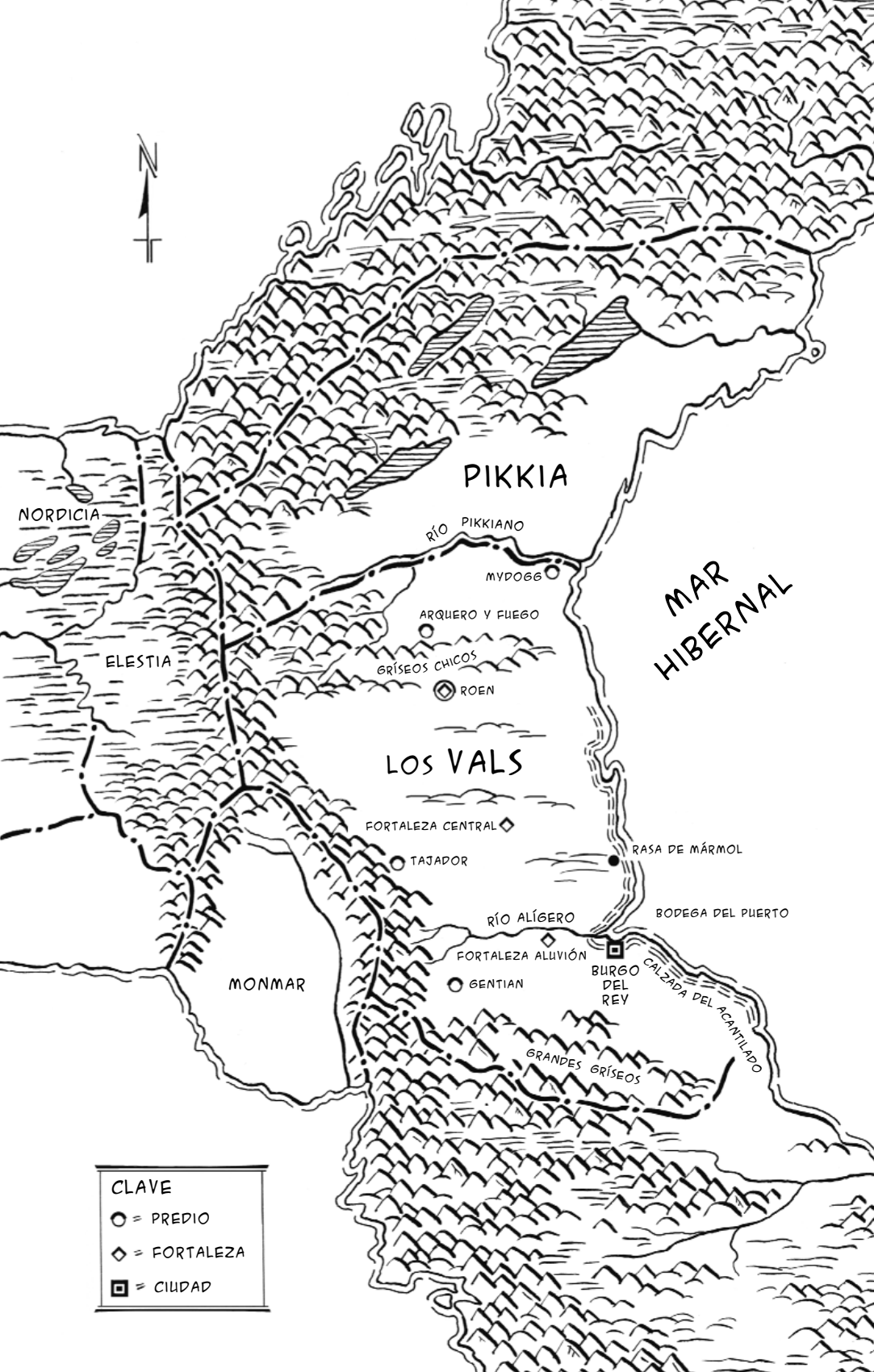
© de la traducción: Mila López Díaz-Guerra
© Ilustración de portada de Kelly Eisman, 2009.
Diseño de cubierta reproducido con permiso de Dial Books for Young Readers,
un sello de Penguin Young Readers, parte de Penguin Group (USA) Inc.
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocajuvenil.com
www.rocajuvenil.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa — Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-101-1
Depósito legal: M. 7.528-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi hermana pequeña,
Catherine, el pilar (corintio)
de mi corazón



NORDICIA

PIKKIA

MAR HIBERNAL

ELESTIA

LOS VALS

MONMAR

RÍO PIKKIANO

MYDOGG

ARQUERO Y FUEGO

GRÍSEOS CHICOS

ROEN

FORTALEZA CENTRAL

TAJADOR

RASA DE MÁRMOL

RÍO ALÍGERO

BODEGA DEL PUERTO

FORTALEZA ALUVIÓN

GENTIAN

BURGO DEL REV

CALZADA DEL ACANTILADO

GRANDES GRÍSEOS

CLAVE

- = PREDIO
- ◇ = FORTALEZA
- ▣ = CIUDAD

Elegía valense

Se apagó tu fuego cuando miraba a otro lado,
sólo me dejó cenizas que dispersar en el polvo.
Del milagro que eras, qué gran despilfarro.

En mi fuego vivo guardaré tu escarnio con el mío.
En mi fuego vivo guardaré tu quebranto con el mío,
por la afrenta de una vida desperdiciada sin motivo.

Prólogo

Larch pensaba con frecuencia que, de no ser por aquel hijo recién nacido, habría sido incapaz de superar la muerte de Mikra, su esposa. En parte se debía a que la criatura necesitaba un padre vivo y activo, que se levantara por las mañanas y trabajara como una bestia de carga todo el día, y en parte, por la manera de ser del propio niño, pues era una criatura tan buena, tan tranquila, cuyos gorjeos y arrullos tenían un sonido tan musical... Por no hablar de los ojos, de un color castaño oscuro, iguales que los de su madre muerta.

Larch, que era guardabosque en el predio ribereño de un noble de escasa categoría, en el reino sudoriental de Monmar, cabalgó sin descanso todo un día para regresar a su casa, y al llegar, dominado por los celos, arrebató al niño de los brazos de la nodriza. Aunque estaba sucio y apestaba a sudor y a caballo, el hombre acunó a la criatura contra su pecho, se acomodó en la vieja mecedora de su esposa, y cerró los ojos. Lloraba de vez en cuando, y las lágrimas, al deslizarse por el mugriento rostro, le dejaban unos surcos muy bien definidos en la piel, pero era un llanto silencioso a fin de escuchar los sonidos que emitía la criatura. Ésta lo observaba, y su mirada era un lenitivo para el padre. Pero la nodriza comentó que no era habitual que un bebé tan pequeño enfocara ya la vista.

—No es motivo de alegría que un recién nacido tenga los ojos raros —le previno la mujer.

Larch no veía razón para preocuparse por ello porque la nodriza ya lo hacía por los dos, puesto que, conforme a la costumbre que seguían de forma tácita las parejas de los siete reinos que acababan de tener un hijo, examinaba los ojos del bebé a diario,

con las primeras luces, y todas las mañanas respiraba aliviada después de comprobar que no habían cambiado de tonalidad. Y es que, si un niño se dormía una noche con los ojos del mismo color pero, al despertar, tenía los iris de color diferente, era un graceling; y en Monmar, como en casi todos los otros reinos, los bebés graceling pasaban de inmediato a ser propiedad del rey, y las familias rara vez volvían a verlos.

Se cumplió un año del nacimiento del hijo de Larch sin que se produjeran cambios en los iris del pequeño, pero la nodriza no dejaba de rezongar entre dientes. Por historias que había oído, sabía que los ojos de algunos graceling tardaban más de un año en manifestar su condición; además, fuera graceling o no, el pequeño no era normal. Sólo hacía un año que Immiker había abandonado el vientre materno y ya pronunciaba su propio nombre; a los quince meses construía frases simples y al año y medio ya había relegado la pronunciación infantil. Al principio, cuando aceptó ocuparse del pequeño, la mujer albergaba la esperanza de que sus cuidados y su buen hacer le proporcionarían un esposo y un hijo sano y fuerte; pero con el tiempo, ese niño que conversaba como un adulto enano mientras mamaba, o avisaba con elocuencia cada vez que había que cambiarle los pañales, le resultó en verdad horripilante. En consecuencia, dejó su puesto de trabajo.

14

Larch se alegró de que la rancia mujer se marchara, y armó una mochila para llevar al pequeño colgado sobre el pecho mientras trabajaba; rehusaba salir a caballo los días que llovía o hacía frío, y se negaba a cabalgar a galope; trabajaba menos horas y descansaba a ratos para darle de comer, para acostarlo y que durmiera la siesta, para asearlo... El niño parloteaba sin cesar, preguntaba los nombres de plantas y animales e inventaba poemas absurdos que Larch se esforzaba en escuchar porque esos versos siempre le hacían reír.

—A los pajaritos les gusta volar muy deprisa entre las copas de los árboles, porque dentro de sus cabezas son pájaros —chachareó el niño con aire ausente mientras daba palmaditas a su padre en el brazo, a quien poco después le dijo—. Oye, padre.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—A ti te gusta hacer las cosas que a mí me gusta que hagas, porque dentro de tu cabeza están mis palabras.

Larch era muy feliz; no recordaba por qué lo había entristecido tanto la muerte de su esposa, y se decía que era mejor estar como ahora: el niño y él, solos. Rehuyó, pues, de forma gradual a la gente del predio porque su tediosa compañía lo aburría y porque nadie merecía compartir con él la deliciosa compañía de su hijo.

Al despertarse una mañana, Larch se percató de que el pequeño Immiker —de tres años—, acostado a su lado, lo miraba con fijeza; el ojo derecho del niño era de color gris, y el iris del izquierdo había cambiado a una tonalidad rojiza. Aterrado y desolado, el hombre se incorporó de un salto.

—¡Te llevarán con ellos, te apartarán de mi lado! —le dijo.

—No, no lo harán. —Immiker parpadeó con calma, y añadió—: Porque a ti se te ocurrirá un plan para impedirselo.

Ocultar un graceling al rey suponía un hurto de bienes reales y estaba penado con el encarcelamiento y multas que Larch jamás podría saldar, pero aun así, el hombre se sintió impulsado a llevar a cabo lo que el niño le indicaba. Tendrían que cabalgar hacia el este, donde se hallaba la escarpada cordillera fronteriza casi deshabitada, y encontrar una oquedad en las rocas o entre la maleza que les sirviera de escondrijo. Puesto que él era guardabosque, sabría rastrear, cazar, encender lumbre y preparar un cobijo para Immiker que nadie sería capaz de descubrir.

El niño aceptaba con una extraordinaria tranquilidad el hecho de tener que huir; sabía qué era un graceling. Larch suponía que la nodriza se lo habría contado; o tal vez se lo explicó él mismo, aunque ahora no recordara haberlo hecho. La memoria le fallaba cada vez más, como si se le cerrara por partes y clausurara recuerdos detrás de puertas que se veía incapaz de volver a abrir; lo achacaba a la edad, ya que ni su esposa ni él eran jóvenes cuando Mikra murió al dar a luz.

—A veces me pregunto si tu gracia estará relacionada con el habla —reflexionó el hombre mientras se adentraban en las estribaciones orientales y dejaban atrás el río y la comarca que fuera su hogar.

—No, no lo está —replicó Immiker.

—No, por supuesto que no —convino su padre, sin explicarse por qué se le había ocurrido semejante idea—. Está bien, hijo,

todavía eres muy pequeño; estaremos atentos a las señales. Confiemos en que sea un don útil.

El niño no contestó y Larch comprobó los cierres de las correas con que lo sujetaba a la silla de montar, delante de él; se inclinó para besar la rubia cabeza del pequeño y azuzó al caballo con los talones para que se pusiera en marcha.

16 Poseer una gracia era tener una habilidad particular que superaba, con mucho, las capacidades de un ser humano normal, y se manifestaba de cualquier forma imaginable. Casi todos los reyes disponían, al menos, de un graceling en las cocinas de palacio —un panadero o un viticultor con dotes sobrehumanas—, pero los monarcas más afortunados contaban con soldados dotados de un arte excepcional en el manejo de la espada. Un graceling tenía, por ejemplo, una capacidad auditiva muy desarrollada, la velocidad de un puma, la agilidad necesaria para realizar mentalmente largas sumas o incluso la pericia de detectar si los alimentos estaban envenenados. Asimismo, también había gracias sin utilidad, como girarse del todo por la cintura o ingerir piedras sin enfermar. Pero existían gracias inquietantes, pues algunos graceling veían sucesos antes de que ocurrieran, y otros tenían el don de adentrarse en la mente ajena y descubrir cosas que no eran de su incumbencia. Se rumoreaba que el rey norgando poseía un graceling con el don de saber, por el mero hecho de mirar a una persona a la cara, si ésta había cometido algún delito.

Tanto en Monmar como en casi todos los otros seis reinos, los graceling eran instrumentos en manos de los monarcas, nada más; pero no se los consideraba personas normales, y la gente los evitaba si era posible. Nadie deseaba su compañía.

En el pasado, Larch mostró esa misma actitud hacia la gente tocada por la gracia, pero ahora comprendía que se trataba de una postura cruel e injusta, producto de la ignorancia, ya que su hijo era un niño normal que daba la casualidad de ser superior en muchas cosas, no sólo en lo relativo a su gracia, fuera cual fuera ésta cuando por fin se revelara. Razón de más para que lo apartara de la sociedad. De modo que no lo enviaría a la corte y

así evitaría que se sintiera rechazado y fuera objeto de bromas pesadas, o se viera obligado a prestar servicio al rey en lo que a éste le placiera.

No llevaban mucho tiempo en las montañas cuando el guardabosque tuvo que aceptar con amargura que las cumbres no eran un lugar apropiado para esconderse. El impedimento no era el frío, precisamente, si bien el otoño allí era tan crudo como el pleno invierno en el predio de su antiguo señor; tampoco se debía a la clase de terreno, aunque la maleza era áspera y lacerante, y dormían sobre rocas todas las noches, ni a que no hubiera el mínimo espacio en el que plantearse siquiera la posibilidad de cultivar vegetales o cereales. El problema lo constituían los depredadores, pues no pasaba ni una semana sin que Larch tuviera que defenderse de algún ataque: pumas, osos, lobos o enormes aves de presa, de una envergadura que duplicaba la estatura de un hombre... Algunos de estos animales eran propios de la zona, y todos ellos, feroces; y a medida que el invierno se avecinaba y envolvía con su inhóspito manto a Larch e Immiker, el hambre volvía más audaces a las alimañas. Un día, por ejemplo, perdieron al caballo en las garras de dos pumas.

Por la noche, guarecidos en el refugio espinoso construido con palos y maleza, Larch utilizaba su chaqueta para abrigar al niño mientras escuchaba los aullidos, el desprendimiento de rocas rodando ladera abajo y los chillidos de algún animal que indicaban que los había olfateado. Al primer sonido delatador, metía a su hijo dormido en la mochila que se colgaba al pecho, prendía toda la leña de la que disponía como si fuera una potente antorcha, salía del refugio y rechazaba el ataque a fuego y espada; a veces pasaba horas así y apenas dormía.

Tampoco comía mucho.

—Te pondrás enfermo si sigues comiendo tanto —lo reconvinó Immiker una noche mientras tomaban la parva cena, consistente en fibrosa carne de lobo y agua.

Larch dejó de masticar de inmediato; si enfermaba, sería mucho más penoso defender al niño, así que le pasó la mayor parte de su ración.

—Gracias por advertírmelo, hijo.

Comieron en silencio un rato; a todo esto, Immiker, que devoraba la comida de su padre, propuso:

—¿Y si subimos un poco más por las montañas y las cruzamos?

—¿Crees que deberíamos hacerlo?

Immiker se encogió de hombros e inquirió a su vez:

—¿Sobreviviríamos a la travesía?

—¿Tú crees que lo lograríamos? —Al plantear esta pregunta, el propio Larch tuvo un estremecimiento; el niño sólo contaba tres años y no sabía nada sobre cruzar montañas. Que él sondeara la opinión de su hijo de forma tan desesperada y con tanta frecuencia era la prueba de hasta qué punto lo atenazaba su gran fatiga.

—No sobreviviríamos —fue la rotunda contestación que dio el guardabosque—. No sé de nadie —ya sea de aquí, de Elestia o de Nordicia— que haya conseguido cruzar la cordillera hacia el este, y tampoco conozco las tierras que hay más allá de los siete reinos, excepto las fábulas que las gentes del este de Monmar relatan sobre monstruos de los colores del arco iris y de laberintos subterráneos.

—Entonces, padre, tendrás que llevarme de regreso a las colinas y buscar un lugar donde ocultarme, porque debes protegerme.

Larch se sentía confuso, cansado, hambriento... Un único propósito atravesaba como un rayo cegador la bruma que le enturbiaba la mente: la determinación de hacer lo que decía Immiker.

Nevaba mientras Larch descendía con cuidado una pendiente escarpada, llevando al niño atado al cuerpo, bajo la chaqueta, y cargando a la espalda la espada, el arco y las flechas, unas mantas y un paquete con sobras de carne. Cuando la gran ave rapaz de color pardo sobrevoló una lejana cresta, el hombre intentó asir el arco con una torpeza nacida del cansancio, pero el ave se zambulló con tal rapidez que, en un visto y no visto, ya era demasiado tarde para dispararle. Larch se apartó a trompicones del

trayecto de la rapaz, perdió el equilibrio y se precipitó ladera abajo; braceó, frenético, para resguardar a su hijo, que gritaba con tanta fuerza que apagaba los chillidos del ave:

—¡Protégeme, padre! ¡Tienes que protegerme!

La pendiente por la que se deslizaba Larch desapareció de repente bajo su cuerpo, y los dos, padre e hijo, se precipitaron al vacío, envueltos en la oscuridad.

«Un alud», pensó Larch, embotado, aunque cada centímetro de su cuerpo seguía centrado en proteger al chiquillo que llevaba bajo la chaqueta. A todo esto, algo afilado le rozó un hombro y notó un desgarró en la carne, seguido de un goteo húmedo y caliente. Qué extraño precipitarse así al vacío; era una caída embriagadora, vertiginosa, vertical... Una caída libre. Un momento antes de perder el sentido, Larch pensó si estarían cayendo a través de la montaña hasta las profundidades del mundo.

El guardabosque despertó con un sobresalto, acuciado por una única preocupación: Immiker. No notaba el cuerpo del niño contra el suyo, y las correas que llevaba sujetas al pecho colgaban sueltas; envuelto en la oscuridad, tanteó a su alrededor al tiempo que gimoteaba. Yacía sobre una superficie dura y resbaladiza, como hielo viscoso; extendió los brazos para tantear más lejos y gritó de forma incoherente, pero lo asaltó un dolor desgarrador desde el hombro hasta la cabeza. La náusea le subió a la garganta aunque la contuvo con un esfuerzo; desvalido, sacudido por los sollozos, se quedó inmóvil y llamó a su hijo con voz quejumbrosa.

—Está bien, está bien, padre —sonó la voz de Immiker, muy cerca de él—. Deja de llorar y ponte de pie.

Los sollozos angustiados del hombre dieron paso a otros de consuelo.

—Levántate, padre, tenemos que irnos —lo apremió el pequeño—. He explorado este lugar y hay un túnel.

—¿Estás herido?

—Tengo frío y hambre. Ponte de pie.

Larch intentó levantar la cabeza del suelo, pero gritó de dolor y estuvo a punto de perder el sentido.

—Es inútil, me duele demasiado.

—No es un dolor tan fuerte que te impida levantarte —lo contradijo Immiker; Larch lo intentó de nuevo y comprobó que el niño tenía razón. Aunque atroz, y a pesar de que vomitó un par de veces, el dolor no le impidió incorporarse y apoyarse en las rodillas y en el brazo herido para arrastrarse por la helada superficie y seguir a su hijo.

—¿Dónde...? —Dio un respingo y renunció a hacer la pregunta por representarle un esfuerzo excesivo formularla.

—Caímos a través de una grieta de la montaña y nos deslizamos por ella —explicó Immiker.

Larch no lo entendía; además, caminar le exigía una gran concentración y no quería detenerse para intentar comprenderlo. La superficie que recorrían era resbaladiza y cuesta abajo, y el lugar hacia donde se dirigían era un poco más oscuro que el que abandonaban; Immiker descendía a buen paso delante de su padre.

20 —Hay una caída a plomo —anunció el niño, pero el sentido de la advertencia llegó con demasiada lentitud al cerebro del hombre para que reaccionara a tiempo, y se precipitó de cabeza desde un saliente no muy alto. Cayó sobre el hombro herido y perdió el sentido unos instantes; cuando volvió en sí, notó una fría corriente de aire y un olor a moho que le resultó molesto. Aprisionados en un espacio estrecho, encajado entre paredes, el guardabosque trató de preguntar al niño si se había hecho daño en la caída, pero de sus labios sólo salió un gemido.

—¿Hacia dónde? —inquirió Immiker.

Larch no sabía a qué se refería y gimió de nuevo. Cuando el niño habló de nuevo, lo hizo en un tono entre cansado e impaciente:

—Te lo dije antes: estamos en un túnel, y he tanteado las paredes en ambas direcciones, así que debes elegir cuál tomamos. Sácame de este sitio, padre.

Para el hombre no había diferencia entre una dirección u otra; la oscuridad reinaba a ambos lados, que olían a humedad y a verdín por igual, pero debía tomar una decisión porque era lo que el niño consideraba más adecuado. De modo que se movió con cuidado; la cabeza le dolía menos si se situaba de cara a la corriente

de aire que cuando se ponía de espaldas a ella, y eso lo ayudó a decidirse: se encaminarían hacia el origen de la corriente.

Y fue así como —después de cuatro días de sangrar, de avanzar a trompicones y de pasar hambre, después de cuatro días de oír cómo su hijo le recordaba una y otra vez que se encontraba lo bastante bien para seguir adelante— Larch e Immiker salieron del túnel, aunque no a la luz de las estribaciones monmaradas, sino a la de un territorio desconocido que había al otro lado de la cordillera de Monmar; a un territorio oriental del que ninguno de los dos sabía nada, excepto los absurdos cuentos que se relataban en su reino mientras se cenaba, cuentos de monstruos de los colores del arco iris y de laberintos subterráneos.

Larch se preguntaba de vez en cuando si el día en que cayeron por la grieta de la montaña se habría dado un golpe en la cabeza que le hubiera dañado el cerebro, porque cuanto más tiempo pasaba en aquellas tierras desconocidas, más se veía obligado a luchar contra la bruma siempre cernida al filo de su raciocinio. La gente hablaba de forma diferente en ese lugar, y le resultaba difícil comprender las extrañas palabras y los aun más insólitos sonidos. Por ello, dependía de lo que Immiker le traducía, y a medida que pasaba el tiempo, esa dependencia fue cada vez mayor porque el niño tenía que explicarle muchísimas cosas.

Se hallaban en un territorio montañoso y agreste en el que menudeaban las tormentas, un reino al que llamaban Los Vals, unos valles recogidos, donde habitaban animales semejantes a los que Larch había visto en Monmar; criaturas normales, de apariencia y comportamiento comprensibles para él porque le resultaban familiares. Pero allí vivían también animales increíbles, de colores muy vivos, a los que los valesanos denominaban monstruos. El colorido inusitado era la característica que los identificaba como tales, porque en las demás particularidades físicas guardaban similitud con los otros animales normales de esos valles. Tenían, por lo tanto, forma de caballo, tortuga, puma, ave rapaz, libélula u oso, pero los colores pertenecían a la gama de los fucsias, turquesas, bronces, verdes iridiscentes... En Los Vals, por ejemplo, a un caballo tordo rodado se le consideraba un

caballo corriente, mientras que otro que tuviera la capa de un intenso color anaranjado, era un monstruo.

Larch no comprendía a esos seres; los monstruos ratón, mosca, ardilla, pez o gorrión resultaban inofensivos, pero los monstruos grandes, los devoradores de hombres, eran muy peligrosos, más que los animales equivalentes que habitaban en los siete reinos. Les entusiasmaba la carne humana, y la de otros monstruos les gustaba con locura; la de Immiker parecía volverlos locos también, por lo que éste, tan pronto como creció lo suficiente para tensar la cuerda de un arco, aprendió a disparar. Larch no sabía con seguridad quién le había enseñado; le daba la impresión de que su hijo tenía siempre a su lado a alguien —ya fuera un hombre o un muchacho— que lo protegía y lo ayudaba en diversos menesteres, pero nunca era la misma persona. Larch apenas había aprendido el nombre de los que auxiliaban a Immiker cuando éstos desaparecían, y otros ocupaban su lugar.

22

Ni siquiera sabía de dónde provenía esa gente. Al principio, Immiker y él vivían en una casita; después, en otra más grande; y luego, en otra aún mayor situada en un claro rocoso, a las afueras de una ciudad. Algunas de las personas que atendían a Immiker venían de esa población, pero parecía que otros salían de las grietas de las montañas o de las fisuras del suelo. Esas personas raras, de tez pálida, que procedían de debajo de la tierra, le proporcionaron medicinas y se ocuparon de curarle el hombro.

Oyó comentarios de que en Los Vals había un par de monstruos de hechuras humanas, cuyo cabello era de color muy intenso, pero no llegó a verlos jamás; tanto mejor así, ya que era incapaz de recordar si los humanos monstruo eran amistosos o no, y porque contra los monstruos en general no tenía defensa posible porque eran tan bellos que, cada vez que se encontraba frente a uno de ellos, la mente se le quedaba en blanco y el cuerpo se le paralizaba; en consecuencia, Immiker y sus amigos tenían que defenderlo.

—Eso es lo que hacen, padre —le explicaba su hijo una y otra vez—. Parte del poder que poseen esos monstruos consiste en dejarte pasmado con su hermosura, y después se apoderan de tu mente y te vuelven tonto, así que debes aprender a protegértela contra ellos, igual que he hecho yo.

Larch estaba por completo convencido de que su hijo tenía razón, pero, pese a ello, seguía sin entender nada.

—Qué idea tan horrible —comentó el hombre—. Aterra imaginar que existen criaturas con el poder de dominar la mente de las personas.

Immiker rió con complacencia y abrazó a su padre por los hombros, pero Larch seguía sin entender; no obstante, las muestras de afecto de su hijo eran tan escasas que, cuando se daban, le sobrevenía una oleada de felicidad tan apabullante que acallaba la desazón provocada por el aturdimiento.

En los contados momentos de lucidez, Larch se convencía de que, a medida que Immiker se hacía mayor, él se volvía más estúpido y desmemoriado. El chico le explicaba sin cesar la inestabilidad política del país en el que vivían ahora, le hablaba de las facciones militares que lo dividían, del mercado negro que prosperaba en las galerías subterráneas que conectaban las regiones entre sí, y de dos señores valesanos —lord Mydogg en el norte, y lord Gentian en el sur— que buscaban labrar sus propios imperios y arrebatarse el poder al rey. Asimismo le indicaba que, en el lejano norte, había otro país de lagos y cadenas montañosas, llamado Pikkia.

El antiguo guardabosque no conseguía encontrarle sentido a ese galimatías, pero sabía que en esas tierras no existían los graceling, y por lo tanto, nadie le arrebataría a su hijo.

El hecho de tener los iris de diferente color significaba que Immiker era un graceling; por ello, cuando Larch estaba lúcido, a veces pensaba en esa cuestión y le hubiera gustado saber en qué momento se revelaría la gracia de su hijo.

Y en esos lapsos en que razonaba con mayor claridad, que únicamente se daban cuando Immiker lo dejaba solo un rato, el hombre se preguntaba si no se habría revelado ya.

Immiker desarrolló ciertas aficiones: le gustaba jugar con monstruos pequeños; los ataba y les arrancaba las garras, las escamas de vivos colores, matas de pelambre o puñados de plumas.

Un día Larch sorprendió al niño, que a la sazón tenía diez años, cortando a tiras la piel de la barriga de un conejo tan azul como el cielo.

Al observar detenidamente al animal, le pareció precioso a pesar de que sangraba, temblaba y tenía desorbitados los ojos, y se le olvidó el motivo por el que había ido a buscar a su hijo. Qué triste ver que se dañaba por placer a una criatura tan pequeña y tan indefensa, a un ser tan bonito. El conejo emitía horribles chillidos de terror, y el propio Larch se echó a llorar.

—No le duele, padre —comentó Immiker.

El hombre se sosegó al saber que el pequeño monstruo no sufría; en éstas, el conejo soltó un débil quejido de desesperación, y Larch se sintió confuso. Miró a su hijo; el chico sostenía una daga de la que goteaba sangre ante los ojos de la temblorosa criatura; le sonrió a su padre.

En lo más recóndito de la mente de Larch alentó un atisbo de sospecha; acababa de recordar por qué había ido a buscar a Immiker.

24

—Tengo una idea sobre la naturaleza de tu gracia, hijo mío —anunció.

—¿Ah, sí? —El chico lo contempló pausadamente, con cautela.

—Verás, tú dijiste que los monstruos me controlaban la mente con su belleza —prosiguió su razonamiento el ex guarda-bosque.

Immiker bajó el cuchillo y ladeó la cabeza para observar a su padre con mayor atención aún; su expresión era rara, y Larch creyó identificarla como un gesto de incredulidad, pero también sonreía de forma extraña, divertida, como si jugara a un juego que estaba acostumbrado a ganar y en el que, por una vez, había perdido.

—A veces pienso que me controlas la mente al hablarme —concluyó Larch.

Immiker sonrió más abiertamente y después se echó a reír. El sonido de aquella risa produjo tal contento a Larch que no pudo por menos de hacerse eco de las risas de su hijo. Cuánto le quería; el amor le salía a borbotones, como las carcajadas, y cuando Immiker se dirigió hacia él, el padre abrió los brazos de par en

par. El chico le clavó en el vientre el cuchillo que empuñaba, y el hombre se desplomó como una piedra en el suelo.

—Tu compañía ha sido una delicia, y echaré de menos tu devoción —dijo el muchacho, inclinándose sobre su padre—. Ojalá fuera tan fácil controlar a todos los demás como controlarte a ti. Ojalá todos fueran tan estúpidos como tú, padre.

La sensación de estar muriéndose resultaba extraña; Larch tenía frío y se mareaba, igual que cuando se precipitó por la cordillera monmarda, pero sabía que ahora no caía a través de una grieta de la montaña. En la hora de la muerte, por primera vez desde hacía años, fue consciente de dónde se hallaba y de lo que sucedía. Y su último pensamiento fue decirse que no se debía a su estupidez que las palabras de su hijo lo cautivaran con tanta facilidad, sino que la causa había sido el amor. Sí, porque su amor por él le impidió reconocer la gracia que poseía, pues aun antes de nacer, cuando no era más que una promesa en el vientre de Mikra, ya se había rendido a su embrujo.

25

Quince minutos más tarde, el cadáver y la casa del antiguo guardabosque eran pasto de las llamas, e Immiker, montado en su poni, se abrió camino hacia el norte a través de las cuevas. Para él fue un alivio emprender viaje porque, de un tiempo a esta parte, el entorno y sus habitantes le resultaban aburridos, cosa que lo incomodaba; y es que ya estaba preparado para algo más importante.

A continuación decidió señalar esa nueva etapa de su vida con un cambio del absurdo y sensiblero nombre que le dieron al nacer; y como siempre le había gustado cómo sonaba la manera un tanto extraña que tenía la gente de esa tierra de pronunciar el nombre de su padre, se lo cambió por el de Leck.

Y transcurrió un año.

Primera parte

Monstruos

Capítulo 1

Lo que sorprendió a Fuego no fue que el hombre que merodeaba por el bosque le disparara, sino que acertara a darle sin querer.

La flecha se le clavó en el brazo, y el impacto la desplazó de lado con tanta fuerza que chocó contra un peñasco, dejándola sin respiración. La intensidad del dolor hacía imposible ignorarlo, pero pese a ello, enfocó la mente sobrepasando el sufrimiento y lo transformó en algo frío y refulgente, como una estrella solitaria en un oscuro cielo invernal. Si ese hombre tenía temple, si sabía bien lo que hacía, estaría prevenido contra ella y contra su poder, pero Fuego rara vez topaba con alguien así. Lo más frecuente era que los hombres que querían dañarla se mostraran furiosos, arrogantes o asustados, hasta el punto de que no le costaba mucho esfuerzo hallar una fisura en las barreras defensivas tras las que ocultaban sus pensamientos, y colarse por ellas con facilidad.

Dio con la mente del hombre de inmediato y la halló tan abierta, incluso tan bien dispuesta, que se planteó si no sería un pobre simplón contratado por otro; entonces buscó a tientas el cuchillo que llevaba metido en la bota. Primero oyó las pisadas del individuo entre los árboles, y enseguida, la respiración; no tenía tiempo que perder, porque volvería a dispararle en cuanto la viera.

No quieres matarme. Has cambiado de idea.

El hombre asomó por detrás de un árbol y, en efecto, la vio; los ojos, de color azul, se le desorbitaron a causa de la estupefacción y el horror.

—¡Oh, no, una muchacha, no! —gritó.

La exclamación del desconocido la desconcertó. ¿Acaso no te-

nía intención de matarla? ¿Es que no sabía quién era? ¿O tal vez pretendía matar a Arquero?

—¿Quién era tu blanco? —inquirió Fuego, haciendo un esfuerzo para que su voz le sonara sosegada.

—Quién, no. Más bien dirás, qué —contestó él—. Llevas una capa de pelaje marrón, y tu vestido es del mismo color. ¡Cielos benditos, muchacha! —maldijo en un arranque de exasperación. Se le acercó y examinó la flecha clavada en la parte superior del brazo, así como la sangre que le empapaba la capa, la manga y el pañuelo de la cabeza—. Se diría que tu intención era que un cazador te disparara.

Un cazador furtivo sería un término más acertado, pues Arquero había prohibido cazar en el bosque a esa hora del día porque ella acostumbraba a recorrer la fronda vestida de tal guisa. Además, nunca había visto a ese hombre de ojos claros, cabello castaño rojizo y más bien bajo de estatura. Por si fuera poco, no sólo era un cazador furtivo, sino que le había disparado por equivocación mientras cazaba de forma ilegal, motivos por los cuales no le apetecería nada entregarse a Arquero, conocido por su mal genio. Sin embargo, eso era lo que ella debía procurar que hiciera, porque perdía mucha sangre y se mareaba; necesitaría, por lo tanto, la ayuda de aquel hombre para llegar a casa.

—Ahora tendré que matarte —rezongó él, abatido. Pero antes de que la joven tuviera tiempo de asimilar tan absurda conclusión, añadió—: Eh, un momento, ¿quién eres? Dime que no eres ella.

—¿A quién te refieres? —preguntó Fuego a su vez, elusiva, para ganar tiempo y buscar acceso a la mente del individuo; de nuevo la encontró en blanco, como si sus intenciones se hallaran perdidas en un manto de niebla.

—Llevas el pelo tapado. Y esos ojos y la cara... ¡Maldita sea mi estampa! —imprecó el cazador al tiempo que retrocedía—. Esos ojos tan verdes... Soy hombre muerto.

Era un tipo raro: primero llegaba a la conclusión de que tenía que matarla, después afirmaba que moriría él, sin olvidar su extraño estado de conciencia, como si tuviera la mente enturbiada, y en aquel momento daba la impresión de que estaba a punto de darse a la fuga, algo que Fuego no debía permitir que sucediera.

De modo que se apoderó de los pensamientos del hombre y los guió como le convenía.

Ni mis ojos ni mi cara te parecen tan fuera de lo normal.

El hombre la escudriñó, desconcertado.

Cuanto más me miras, más constatas que soy una persona corriente. En el bosque has encontrado herida a una chica normal, y vas a rescatarla. Debes llevarme ante lord Arquero.

Fue en ese punto donde Fuego encontró cierta resistencia debido a que el hombre tenía miedo. Ejerció una presión mayor en la mente del desconocido al tiempo que le dedicaba la sonrisa más encantadora que fue capaz de esbozar, habida cuenta del dolor espantoso que la atenazaba y el hecho de correr el riesgo de morir desangrada.

Lord Arquero te recompensará y te protegerá, y serás honrado y aclamado como un héroe.

Las dudas del hombre se despejaron; liberó a Fuego de la aljaba y del estuche del arco que llevaba a la espalda y se los colgó al hombro, junto con su propio carcaj. A continuación cogió con una mano los dos arcos —el de ella y el suyo— y apoyó el brazo derecho de la muchacha, el ileso, encima de los hombros.

—Vamos, señorita. —Y la sostuvo para ayudarla a caminar entre los árboles, hacia la mansión de Arquero.

La muchacha comprendió que el cazador furtivo conocía el camino, pero después, agotada, desechó ese pensamiento. Qué más daba quién era o de dónde venía; lo único importante era seguir consciente sin perder el control de la mente del hombre hasta que llegaran a casa, y la gente de Arquero lo prendiera. Aguzó oído, vista y mente, alerta a la posible aparición de monstruos, porque ni el pañuelo de la cabeza ni su propia protección mental contra esas criaturas la ocultarían de ellas si olfateaban la sangre.

Por lo menos contaba con la baza a su favor de que el cazador furtivo era bueno tirando con el arco.

Arquero abatió un ave rapaz monstruo en el mismo momento en que Fuego y el cazador furtivo salían de entre los árboles caminando a trompicones; fue un disparo bonito, a larga

distancia, efectuado desde la terraza más alta, pero ella no estaba en condiciones de apreciarlo; por su parte, el cazador masculló entre dientes algo sobre lo apropiado del apodo del joven señor. El monstruo cayó a plomo desde el cielo y se estrelló en el camino que conducía a la entrada principal; las plumas de la criatura eran de un color entre dorado y anaranjado, semejante al de los girasoles.

Sosteniendo el arco en la mano con ligereza, Arquero, erguido y airoso en la terraza de piedra, escudriñó el cielo; tanteó la aljaba que llevaba a la espalda, encajó otra flecha en la cuerda y recorrió con la vista las copas de los árboles. En esto, los vio salir del bosque a los dos, al hombre que sostenía a la muchacha y a ésta, ensangrentada y casi incapaz de caminar; Arquero giró sobre sus talones y entró corriendo en la casa. A pesar de encontrarse lejos y de los muros de piedra que los separaban, Fuego oyó que gritaba, y le dirigió palabras y sensaciones a la mente, que no tenían nada que ver con el control mental, sino como un simple mensaje:

32

No te preocupes. Aprésalo y desármalo, pero no le hagas daño, por favor —pidió, y por si servía de algo, añadió—: *Es un buen hombre y he tenido que engañarlo.*

Arquero salió con precipitación por la gran puerta principal seguido por su capitán, Palla, un sanador y cinco guardias. Salvó de un salto al ave rapaz abatida en el camino y echó a correr hacia Fuego.

—¡La encontré en el bosque! —gritó el cazador furtivo—. ¡La encontré! ¡Le he salvado la vida!

Después de que los guardias apresaran al cazador, Fuego le liberó la mente; el alivio que sintió fue tan grande que se le doblaron las rodillas y se desplomó contra el pecho de Arquero.

—Fuego, ¿cómo te encuentras? —oyó que le preguntaba su amigo—. ¿Dónde más estás herida?

Al ver que era incapaz de sostenerse en pie, Arquero la sujetó para que no se cayera y la bajó al suelo, despacio. Fuego negó con la cabeza.

—En ningún otro sitio —contestó con un hilo de voz.

—Que se siente, o mejor, ayúdela a tumbarse —instruyó el sanador—. He de cortar la hemorragia.

—¿Se pondrá bien? —inquirió Arquero, fuera de sí.

—Por supuesto —replicó el sanador con sequedad—. Sobre todo si usted se quita de en medio y me deja que restañe la herida.

Arquero soltó un resoplido y besó a Fuego en la frente; se apartó de ella y se puso en cuclillas mientras abría y apretaba los puños. Luego se giró un poco para mirar al cazador furtivo que sus guardias tenían reducido; Fuego sabía que su amigo, sin haber liberado la ansiedad, daría rienda suelta a la rabia, y le dirigió un pensamiento admonitorio:

Arquero...

—Un buen hombre al que, no obstante, hay que apresar —masculló él mientras se incorporaba, sin apartar la vista del cazador—. Veo que la flecha que la señora tiene clavada en el brazo proviene de tu aljaba, de modo que, dime: ¿quién eres y quién te envía?

El hombre apenas prestó atención a lo que decía Arquero, pues miraba a Fuego alhelado, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—Vuelve a ser hermosa —musitó quedamente—. Y yo soy hombre muerto.

—No te matará —lo tranquilizó la muchacha—. A los cazadores furtivos no los mata y, además, me has salvado.

—Si fuiste tú quien disparó la flecha, será un placer para mí acabar contigo —amenazó Arquero.

—Lo que haga usted da lo mismo —afirmó el cazador.

—Pero si tu intención era rescatarla —le espetó Arquero, asestándole una mirada iracunda—, explícame por qué no le quitaste la flecha y le vendaste la herida antes de traerla a rastras a través de medio mundo.

—Arquero... —La muchacha enmudeció de golpe y ahogó un grito a duras penas cuando el sanador rasgó la manga ensangrentada—. Lo tenía controlado y no se me ocurrió pedírselo; déjalo en paz.

—¿Por qué no se te ocurrió? ¿Es que no tienes sentido común?

—Lord Arquero —lo interrumpió el sanador, enojado—, en lugar de gritarle a una persona que está a punto de desmayarse por la pérdida de sangre, más vale que haga algo útil, así que, por

favor, ¿le importaría sujetarla mientras le extraigo la flecha? Y lo mejor que puede hacer después es otear el cielo, por si acaso.

El joven se arrodilló junto a la muchacha y la inmovilizó por los hombros; estaba inexpresivo, pero cuando habló, le tembló la voz de emoción:

—Perdóname, Fuego. —Después le dijo al sanador—: Estamos locos por hacer esto en el exterior. Huelen la sangre.

En éstas, un dolor repentino, cegador como un relámpago, asaltó a la joven, que agitó la cabeza y forcejeó para librarse del sanador y del peso y la fuerza de Arquero. A causa de las sacudidas se le cayó el pañuelo y le quedó a la vista la mata de cabello, brillante como un prisma de colores: bermejo, amapola, cobrizo, fucsia, flamígero... Un color rojo más intenso que la sangre que empapaba el camino.

34

Fuego cenó en su casa de piedra, construida detrás de la de Arquero y protegida por la guardia de éste, quien había mandado llevar el ave rapaz muerta a la cocina de su amiga. Él era una de las pocas personas que no la avergonzaban porque le gustara mucho el sabor de la carne de monstruo.

Comió en la cama, y Arquero se sentó con ella, le cortó la carne y la animó a comer... Y es que hasta masticar le dolía; a decir verdad, le dolía todo.

Habían encerrado al cazador furtivo en una de las jaulas de monstruos instaladas en el exterior; jaulas que el padre de la joven, lord Cansrel, mandó construir en la colina que se alzaba detrás de la casa.

—Así se desate una gran tormenta con rayos y truenos, o llueva a mares y haya una inundación —deseó Arquero—. Me gustaría que se abriera el suelo debajo de tu cazador furtivo y se lo tragara.

Fuego no le hizo caso; le constaba que era pura palabrería.

—Me he cruzado con Donal al entrar, en el recibidor —continuó Arquero—. Pero se ha escabullido; iba cargado con un montón de mantas y almohadas, por lo que supongo que has ordenado preparar una cama a tu asesino ahí fuera, ¿verdad?, y que también lo alimenten tan bien como a ti misma.

—No es un asesino, sino un cazador furtivo con poca vista.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Está bien, está bien, pero estoy convencida de que cuando me hirió creía que disparaba a un venado.

—Tal vez. —Arquero se recostó y se cruzó de brazos—. Hablaremos con él mañana y le sonsacaremos.

—Preferiría no colaborar.

—Y yo preferiría no tener que pedírtelo, querida, pero he de saber quién es ese hombre y quién lo ha enviado. Es el segundo desconocido al que se ha visto en mis tierras en las dos últimas semanas.

Fuego se reclinó en los almohadones, cerró los ojos e hizo un esfuerzo para masticar. En las colinas, los desconocidos salían hasta de debajo de las piedras, y era imposible saber la verdad de todo el mundo. Ella no quería conocerla, y tampoco quería utilizar sus poderes para averiguarla; una cosa era dominar la mente de un hombre para evitar que la matara, y otra muy distinta despojarlo de sus secretos.

Quando miró de nuevo a Arquero, éste la observaba en silencio. Ella le contempló el cabello, tan rubio que parecía blanco, los ojos de color castaño oscuro, la boca de trazo orgulloso... Los rasgos familiares que conocía de siempre, desde que era una niña que daba los primeros pasos, y él, un chiquillo algo mayor que iba siempre cargado con un arco de su misma altura. Fue ella la primera que modificó su nombre real, Arklin, por Arquero, y él le enseñó a disparar. Al mirarlo ahora a la cara —la de un hombre adulto, responsable de un predio norteño, de su fortuna, de sus granjas, de su gente— se dio cuenta de la ansiedad que reflejaba. No corrían buenos tiempos en Los Vals, y en Burgo del Rey, Nash, el joven monarca, se aferraba al trono con un asomo de desesperanza mientras algunos nobles rebeldes, como lord Mydogg en el norte y lord Gentian en el sur, levantaban ejércitos y planeaban la forma de derrocarlo.

Se avecinaba una guerra, y tanto en las montañas como en los bosques, además de forajidos, pululaban espías a montones, de ahí que los desconocidos fueran siempre causa de alarma.

—No podrás salir sola por el bosque hasta que te recuperes y seas capaz de disparar otra vez —anunció Arquero con sua-

vidad—. Las aves rapaces están enardecidas, Fuego. Lo siento mucho.

Ella tragó saliva con esfuerzo; ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa perspectiva desoladora.

—Qué más da. Tampoco puedo tocar el violín, ni el arpa, ni la flauta, ni cualquiera de mis instrumentos musicales, así que no es menester que salga de casa.

—Avisaremos a tus alumnos, y veré a quién puedo mandar a sus casas para sustituirte. —El hombre suspiró y se frotó la nuca—. Sin la ayuda de tu percepción, no tendremos más remedio que fiarnos de los vecinos hasta que estés curada.

Dada la inestabilidad de la época, se había perdido la confianza incluso entre vecinos de antiguo, y una de las tareas de Fuego mientras impartía clases de música era estar atenta a lo que veía y oía. De vez en cuando captaba algún detalle —una información, una conversación, la sensación de que algo iba mal— que les era de ayuda a Arquero y a su padre, Brocker, ambos leales aliados del rey.

36

La joven cerró los ojos otra vez y respiró despacio; se le iba a hacer muy cuesta arriba la espera sin el consuelo de la música; las peores heridas eran siempre éstas, las que la incapacitaban para tocar el violín.

Tarareó entre dientes una cancioncilla del norte de Los Vals que se sabían los dos, una canción que al padre de su amigo le gustaba que tocara siempre que compartían una velada.

Arquero le cogió la mano del brazo ileso y se la besó, empezando por los dedos, hasta llegar a la muñeca, y a continuación le rozó el antebrazo con los labios.

Fuego dejó de tararear, y al abrir de nuevo los ojos, se encontró con la mirada traviesa y alegre de Arquero.

Estás de broma, imagino —le transmitió con el pensamiento.

Él le acarició el cabello, radiante en contraste con las mantas.

—Pareces triste —contestó él.

Arquero, cualquier movimiento me causa dolor.

—Tú no tienes que moverte, y yo podría aliviarte el sufrimiento.

—Seguro que sí —dijo en voz alta Fuego, que sonrió a su pesar—, pero dormir tendrá el mismo efecto. Vete a casa, anda. En-

contrarás otra persona a la que aliviarle el sufrimiento; no me cabe ninguna duda.

—Qué cruel, sabiendo como sabes lo preocupado que he estado por ti hoy —le reprochó él con guasa.

De eso estaba segura; sin embargo, no creía que la preocupación cambiara el modo de ser de su amigo.

Ni que decir tiene que no durmió después de que él se marchara; lo intentó, sí, pero las pesadillas la despertaban una y otra vez; pesadillas que eran peores si había pasado cierto tiempo entre las jaulas, porque era allí donde su padre murió.

Cansrel, su hermoso padre monstruo... Estas criaturas de Los Vals descendían de monstruos, aunque podían engendrar vástagos uniéndose a alguien de su especie que no fuera monstruo —como en el caso de su madre—, pero la prole de esas uniones mixtas siempre lo eran. El cabello de Cansrel era de un resplandeciente tono plateado con reflejos azulados, los ojos, de un profundo color azul oscuro, y el cuerpo y el rostro —de pasmosa belleza, rasgos refinados y bien perfilados—, como un cristal que reflectara la luz e irradiara aquel algo intangible que todos los monstruos poseían. En vida fue el hombre más hermoso de todos los seres existentes o, al menos, así lo consideraba Fuego. Además, la superaba en el control de la mente de los humanos; tenía muchísima más práctica.

Acostada en la cama, la joven rechazó el recuerdo del reluciente leopardo monstruo —un bello felino de pelaje azul medianoche y ocelos dorados— a horcajadas sobre su padre, así como el del olor de la sangre de éste, prendidos los maravillosos ojos en ella, incrédulos, agonizantes...

No debería haber ordenado a Arquero que se marchara; él comprendía sus pesadillas y era apasionado y vital. Necesitaba su compañía, su vitalidad.

Cada vez estaba más inquieta, y al fin puso en práctica una idea que habría hecho empalidecer a su amigo. Se levantó del lecho, fue con lentitud hacia el armario y se puso un pantalón y una chaqueta de tonos negros y pardos oscuros, a juego con la noche; lo hizo muy despacio, porque cada movimiento era un

suplicio. Fue tal el dolor que experimentó al cubrirse el cabello con un pañuelo, porque tuvo que usar las dos manos y alzar el brazo izquierdo, que por poco regresa a la cama. Pero de algún modo se las ingenió, si bien renunció a comprobar ante el espejo que no le asomara ningún mechón. Tenía por costumbre no contemplar su imagen, pues le daba vergüenza que se le cortara la respiración al verse.

Luego se metió un cuchillo en el cinturón, cogió una lanza e hizo caso omiso de las llamadas y los gritos de su propia conciencia advirtiéndole de que esa noche era incapaz de defenderse ni de un puercoespín, cuanto menos de una rapaz monstruo o de un lobo monstruo.

38

Con un brazo inutilizado, el siguiente paso era el más duro de todos: tenía que salir de casa, a hurtadillas, por el árbol que daba a la ventana de su cuarto, ya que había guardias de Arquero apostados en todas las puertas y no le permitirían deambular por las colinas sola y herida como estaba. A no ser, claro está, que utilizara su poder para controlarles la mente, pero no pensaba hacer semejante cosa; los hombres de Arquero confiaban en ella.

Fue su amigo el que reparó en cómo se ceñía a la casa el viejo árbol, y lo fácil que le sería a él trepar en la oscuridad; de eso hacía dos años, cuando Cansrel aún vivía. Arquero tenía entonces dieciocho años y ella, quince, y su amistad evolucionó en ciertos aspectos que los guardias de Cansrel no tenían por qué saber, una evolución dulce e inesperada para Fuego que incrementó su breve inventario de vivencias felices. Lo que su amigo ignoraba era que ella había utilizado esa ruta casi de inmediato, primero para eludir a los hombres de su padre, y después, tras la muerte de éste, a los guardias del propio Arquero. No la usaba porque hiciera nada prohibido o escandaloso, sino que salía a caminar sola de noche, sin que todo el mundo lo supiera.

Sacó la lanza por la ventana, pero lo que siguió fue un sufrimiento acompañado de angustias, ropas desgarradas y uñas rotas. Ya en el suelo, empapada de sudor, temblorosa y muy consciente de que su idea había sido una estupidez, utilizó la lanza como bastón y se alejó de la casa, renqueando; no tenía intención de ir muy lejos, tan sólo quería dejar atrás los árboles para ver las estrellas.

El mero hecho de contemplarlas le aliviaría la soledad que sentía, porque las veía como criaturas hermosas, llameantes y frías; todas ellas solitarias, desoladas, silenciosas como ella...

Esa noche relucían claras y perfectas en el cielo.

Llegó a lo alto de un afloramiento rocoso, que se alzaba detrás de las jaulas destinadas a los monstruos de su padre, y se bañó en la luz de las estrellas intentando absorber parte de su serenidad; respiró hondo mientras se friccionó la cadera, donde tenía la cicatriz de un flechazo recibido meses atrás y que todavía le dolía de vez en cuando. Ése era otro de los inconvenientes que acompañaban a una herida nueva: las viejas se rebelaban y volvían a dolerle.

Nunca la habían herido de forma accidental, y no era fácil clasificar el último ataque recibido; casi resultaba cómico. Tenía en un antebrazo la cicatriz ocasionada por una daga, otra, en el vientre y un orificio en la espalda que le había quedado hacía años al sacarle una punta de flecha. Ese tipo de accidentes sucedían de vez en cuando, pues aunque existían hombres pacíficos, había otros que querían perjudicarla, o incluso matarla, porque era algo precioso que no podían poseer o porque despreciaban a su padre. Y si bien alguna agresión le causó una cicatriz, consiguió frustrar otras cinco o seis.

Además, en una muñeca tenía marcas de dientes, producidas por un lobo monstruo, y más marcas de garras en un hombro, que le había dejado una rapaz monstruo. Pero había otro tipo de heridas, las pequeñas, las invisibles, como las provocadas esa misma mañana, en la ciudad, cuando los calenturientos ojos de un hombre se le clavaron en el cuerpo, mientras que la esposa, a su lado, la miraba con un odio abrasador nacido de los celos; o bien las ocasionadas por la humillación mensual de necesitar una escolta durante la regla para que la protegiera de los monstruos, que olfateaban la sangre.

—No tendrías que avergonzarte por ser el centro de atención, sino que debería ser para ti motivo de complacencia —le reprochaba Cansrel—. ¿Es que no experimentas el gozo de saberte el desencadenante de una respuesta en todos y en todo por el mero hecho de existir?

Al contrario que ella, su padre no veía que en esas circunstancias hubiera nada humillante.

Cansrel cuidaba y alimentaba crías de monstruos depredadores: una rapaz con las plumas de color lavanda y brillos plateados; un puma de color rojo púrpura; un oso de pelaje verde como la hierba con destellos dorados; el leopardo color azul medianoche con ocelos también dorados... No les daba suficiente comida a propósito y se metía entre las jaulas, suelto el cabello y la piel arañada con un cuchillo para que salieran unas gotitas de sangre. Una de las cosas que más le gustaba era provocar que sus monstruos chillaran, rugieran y arañaran con los dientes los barrotes, enloquecidos por el ansia de devorar su carne de monstruo.

Fuego no lograba imaginar lo que sería sentirse así, sin experimentar miedo ni vergüenza.

El aire se tornó húmedo y frío, y ella distaba mucho de alcanzar la paz esa noche.

40 Regresó despacio hasta el árbol e intentó asirse al tronco para trepar, pero por mucho empeño que puso, enseguida comprendió que, bajo ningún concepto, sería capaz de entrar en su dormitorio por donde había salido.

Dolorida y agotada, se recostó en el árbol y maldijo para sus adentros su estúpida ocurrencia; ahora sólo tenía dos opciones: presentarse ante los guardias apostados en alguna de las puertas de la casa y al día siguiente librar una batalla con Arquero para conservar su libertad, o meterse en la mente de uno de esos soldados para ofuscarlo y controlarlo. Pero ninguna de las dos era aceptable.

En primer lugar procedió a tantear mentalmente quién estaba más cerca: la mente del cazador furtivo, dormido en una jaula, se alteró al entrar en contacto con la suya, y por otra parte, había varios guardias en su casa cuyas mentes reconoció. En la puerta lateral vigilaba un soldado entrado en años, llamado Krell, que podría decirse que era amigo suyo, o lo sería si no tuviera tanta inclinación a admirarla en exceso; era músico también, probablemente tan dotado como ella, y con más experiencia. A veces tocaban juntos: Fuego, el violín, y Krell, la flauta o el caramillo. Convencido como estaba de que era perfecta, el soldado nunca sospecharía de la muchacha; sería una presa fácil.

No le quedaba más remedio que hacerlo, concluyó la joven con un suspiro; Arquero era un buen amigo, pero lo era aún mejor cuando no sabía al dedillo todo lo que ella hacía o pensaba.

Así que se encaminó con cautela hacia la puerta lateral de la casa, entre los árboles; la sensación del sondeo de un monstruo en la mente de una persona era sutil, pero alguien mentalmente fuerte y experto en esas tareas, llegaría a identificar la intrusión y cerraría el acceso a cal y canto, con brusquedad. Esa noche, no obstante, el cerebro de Krell estaba alerta a la aparición de posibles intrusos, pero no preveía ese otro tipo de intromisión; Fuego lo percibió aburrido y accesible, y se le aproximó despacio, sigilosa. El guardia notó un cambio y centró la atención con cierto sobresalto, pero ella se apresuró a distraerle:

Has oído un ruido. Se ha repetido, ¿lo oyes? Son gritos y sueñan cerca de la entrada principal. Aléjate de la puerta en la que estás y ve a echar un vistazo.

Al momento el soldado se alejó de la entrada, quedándose de espaldas a Fuego, quien salió de entre los árboles en silencio y se dirigió hacia la puerta.

No oyes nada detrás de ti, sólo al frente; la puerta que tienes a la espalda está cerrada.

El guardia no se volvió para comprobarlo; ni siquiera reculó de las ideas que ella le implantaba en la mente. Fuego abrió la puerta, entró y cerró tras de sí; después, sintiéndose un tanto deprimida por lo fácil que había resultado, permaneció apoyada en la pared del vestíbulo un momento; en su opinión, no debería ser tan fácil manipular a alguien como si fuera un pelele.

Abatida y asqueada de sí misma, subió la escalera con desánimo hacia su cuarto mientras mentalmente se repetía una y otra y otra vez, sin saber por qué, un cántico concreto; era una elegía que se entonaba en Los Vals para llorar la pérdida inútil de una vida.

Suponía que la había recordado al evocar a su padre, aunque nunca entonó esa elegía por él, ni la tocó al violín; el dolor y el desconcierto fueron tan abrumadores tras la muerte de Cansrel que la incapacitaron para interpretar ésa o cualquier otra música. Quemaron el cadáver en una pira, pero ella no fue a verlo.

El violín era un regalo de su padre; uno de sus contados ges-

tos amables, porque nunca había sido paciente con la música de su hija. Fuego estaba sola; era la última humana monstruo que sobrevivía en Los Vals, y su violín, una de las pocas cosas que le traían recuerdos felices cuando lo evocaba.

¿Recuerdos felices?

En fin, quizás en la evocación residía cierta felicidad, pero sólo algunas veces. Aunque eso no cambiaba las cosas; de una forma u otra, si se seguía el rastro de todo aquello que no funcionaba como era debido en Los Vals, siempre remitía a Cansrel.

No era éste un pensamiento que le proporcionara tranquilidad a la muchacha, pero, delirante por el agotamiento, se quedó profundamente dormida con la elegía valense como música de fondo de sus sueños.

Capítulo 2

Cuando Fuego se despertó al día siguiente, lo primero de lo que tuvo conciencia fue del dolor, y después notó que en la casa reinaba más agitación de lo normal; asimismo percibió un revuelo de guardias en la planta baja, y supo que Arquero se encontraba con ellos.

A todo esto, al pasar una criada por delante de la habitación, le tocó la mente y la llamó. Ceñuda, la sirvienta entró en el cuarto, y en lugar de mirar a Fuego, no alzó la vista del plumero que llevaba en la mano. Bueno, por lo menos ésta había entrado, porque otras, fingiendo no oír la llamada, se habían escabullido.

—¿Qué desea, señora? —inquirió en actitud ceremoniosa.

—Sofie, ¿por qué hay tantos hombres abajo?

—Esta mañana han hallado muerto al cazador furtivo que estaba encerrado en las jaulas, señora; tenía una flecha clavada en el cuello.

Dejando a Fuego desolada, la sirvienta se marchó, cerrando la puerta tras ella con un golpe seco.

La joven se dijo que lo ocurrido era de algún modo culpa suya por llevar ropas que la hacían parecer un venado.

Fuego se vistió y bajó la escalera para reunirse con el mayordomo, Donal, un hombre canoso y testarudo que estaba a su servicio desde que era una niña. El hombre enarcó una ceja, y señalando con la cabeza hacia la terraza trasera, le comentó:

—Me parece que hoy es capaz de tirar a dar a cualquiera.

La joven sabía que se refería a Arquero, cuya exasperación era perceptible, aunque hubiera una pared por medio entre ella

y el grupo con el que estaba su amigo. Por sus palabras acaloradas, se deducía que no le gustaba nada que muriera alguien que estuviera bajo su custodia.

—Donal, ayúdame a taparme el cabello, por favor.

Poco después, con el pelo envuelto en un pañuelo marrón, Fuego salió a la terraza para acompañar a Arquero en aquel momento conflictivo; en el exterior el ambiente estaba cargado de humedad, como si fuera a llover de un momento a otro. Abrigado con una chaqueta larga también de color marrón, el aspecto de Arquero irradiaba por completo una sensación incisiva: el arco que sostenía en la mano, las flechas colgadas a la espalda, los movimientos repentinos, la expresión con que oteaba las colinas... La joven se apoyó en la baranda, a su lado.

—Tendría que haberlo previsto —le dijo a Fuego sin mirarla—. Puede decirse que él mismo nos adelantó que esto ocurriría.

—No habrías podido hacer nada para evitarlo. Bastante desperdigada tienes ya a tu guardia.

—Debería haber ordenado que lo encerraran dentro.

44

—¿Y cuántos guardias habrían hecho falta para ello? Vivimos en casas, Arquero, no en palacios, y no disponemos de mazmorras.

—Estamos locos, ¿sabes? —Él agitó la mano en el aire—. Locos por creer que podemos vivir aquí, tan lejos de Burgo del Rey, y protegernos de los pikkianos, de los saqueadores y de los espías de los señores rebeldes.

—Ni su fisonomía ni su modo de hablar eran característicos de un pikkiano. Era valense, como nosotros. Además, iba limpio y su comportamiento era civilizado, no como el de los saqueadores que acostumbramos a ver.

Era cierto que los pikkianos, pueblo marinero que habitaba el territorio vecino al norte de Los Vals, en ocasiones cruzaban la frontera para robar madera o incluso raptar a trabajadores de la comarca septentrional valense; pero, aunque no todos eran iguales, solían ser corpulentos y de piel más clara que sus vecinos de Los Vals. En cualquier caso, ninguno era de estatura baja y tez oscura, como el fallecido cazador furtivo de ojos azules; además, hablaban con un acento gutural muy marcado.

—De acuerdo, de acuerdo, pero entonces era un espía —re-

batió Arquero, que no deseaba que lo apaciguara—. Lord Mydogg y lord Gentian tienen confidentes repartidos por todo el reino que espían al rey, espían al príncipe, se espían entre ellos y, visto lo visto, también te espían a ti —refunfuñó—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que los enemigos del rey Nash y del príncipe Brigán tal vez quieran raptarte y utilizarte como un instrumento para derrocar a la familia real?

—Y tú crees que todo el mundo quiere raptarme —respondió la joven en tono apacible—. Si tu propio padre me atara y me vendiera a un zoológico de monstruos por unas cuantas monedas sueltas, dirías que desde el principio sospechaste que pensaba hacerlo.

—Y tú deberías sospechar de tus amigos, de cualquiera de ellos, aparte de mi padre y de mí —barbotó, acalorado—. Deberías llevar escolta cada vez que sales por esa puerta y deberías reaccionar con más rapidez para controlar a la gente con la que te encuentras. De esa forma yo tendría menos preocupaciones.

Arquero repetía los argumentos de siempre y, por ende, se sabía de memoria las respuestas de ella, así que Fuego hizo como si no hubiera oído el último comentario, y en cambio, dijo sin alterarse:

—Nuestro cazador furtivo no era un espía de lord Mydogg ni de lord Gentian.

—Mydogg ha reunido un ejército bastante grande en el nordeste, y si en algún momento decidiera «tomar prestado» nuestro predio como plaza fuerte y punto de apoyo en la guerra contra el rey por ser más céntrico, nos sería imposible impedirselo.

—Arquero, sé razonable. La Mesnada Real no nos dejaría desamparados para que nos defendiéramos solos. E independientemente de eso, el cazador furtivo no fue enviado por ningún señor rebelde; era demasiado simplón para encomendarle una tarea así. Mydogg jamás utilizaría un explorador tan cándido, y si bien Gentian dista mucho de ser tan inteligente como Mydogg, su necedad no llega al punto de ordenarle a un bobalicon que espíe.

—Bueno, de acuerdo —bramó él, exasperado—. Entonces habré de retomar la teoría de que se trata de algo relacionado contigo. En el instante en que te reconoció, dijo que era hombre

muerto, lo que deja muy claro que estaba bien informado en cuanto a ese punto. Así que, explícamelo, ¿quieres? ¿Quién era ese hombre y por qué diantres lo han matado?

Fuego creía que estaba muerto por haberla herido, o tal vez porque lo había visto y le había hablado. No es que tuviera mucho sentido, pero la conclusión de su razonamiento tenía gracia, y los habría hecho reír si Arquero hubiera estado de humor para bromas, que no era el caso; el asesino del cazador furtivo era un hombre cortado por el mismo patrón que Arquero en el sentido de que a éste tampoco le gustaba que nadie le hiciera daño o trabara amistad con ella.

—Y con buena puntería —agregó la muchacha en voz alta.

Arquero continuaba oteando el horizonte con gesto iracundo, como si esperase que el asesino apareciera de pronto detrás de una piedra para saludarlo con la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Que te habrías llevado bien con ese asesino, Arquero, porque ha tenido que disparar a través de los barrotes de la verja exterior y de los de la jaula donde estaba encerrado el cazador furtivo, ¿no es cierto? Tiene que ser un buen arquero.

46

—Más que bueno —convino él, que pareció animarse un poco al hablar con admiración de la buena puntería de alguien—. A juzgar por la posición y la profundidad de la herida, creo que fue un disparo a larga distancia, realizado probablemente desde los árboles que hay tras esa elevación. —Señaló el espacio pelado y rocoso al que se encaramó Fuego la noche anterior—. Disparar a través de dos hileras de barrotes es en verdad impresionante, sobre todo si aciertas a dar a un hombre en la garganta. Al menos tenemos la certeza de que no han sido nuestros vecinos los responsables, porque ninguno de ellos habría sido capaz de lograr semejante proeza.

—¿Y tú?

La pregunta tenía como propósito regalarle el oído a su amigo, ya que no había buen disparo que Arquero no fuera capaz de igualar; él la miró y sonrió, aunque enseguida la observó con mayor atención y se le suavizó el semblante.

—Soy un bruto. Mira que no haberte preguntado aún cómo te encuentras hoy...

A la joven se le habían contraído los músculos de la espalda, como si fueran cuerdas repletas de nudos, y el brazo vendado le dolía; todo el cuerpo estaba pagando su exceso de la escapada nocturna.

—Estoy bien.

—¿No vas poco abrigada? Ten, ponte mi chaqueta.

Fuego se arrebujó en ella, y se sentaron un rato en los peldaños de la terraza. Hablaron sobre los planes que tenía él para empezar las labores en los campos de labranza, puesto que dentro de poco llegaría la época de la siembra de primavera, y era sabido que la tierra septentrional, pedregosa y fría, siempre se resistía al comienzo de una nueva estación de cultivo.

De vez en cuando, Fuego percibía los movimientos de rapaces monstruo que sobrevolaban su posición, y les mantenía cerrada la mente para que no la identificaran como la presa monstruo que era, aunque si no disponían de ninguna víctima de ese tipo, comían cualquier criatura viva que se pusiera a su alcance. Una de las rapaces, de una hermosura intangible, divisó a Fuego y a Arquero y, exhibiéndose con absoluto descaro, descendió un trecho y voló en círculos para tantearles las mentes; irradiaba una sensación de voracidad primitiva que, cosa curiosa, resultaba asimismo tranquilizadora. Arquero se puso de pie y le disparó y, acto seguido, realizó un segundo disparo contra otra ave que había hecho la misma maniobra; la primera tenía el plumaje de un matiz malva semejante al del amanecer, mientras que la segunda era de un color dorado tan pálido que, al precipitarse al suelo, dio la impresión de que la luna caía del cielo.

Quedaron destrozadas a causa del impacto, y Fuego pensó que, al menos, proporcionaban un poco de color al paisaje. En la zona septentrional de Los Vals había poco colorido a principios de primavera, porque los árboles mantenían un tono grisáceo y los matojos de hierba que se aferraban a las grietas de las piedras conservaban aún el color pardo del invierno. En realidad, ni siquiera en pleno verano, la zona norteña era lo que uno calificaría de colorida, pero al menos, en esa estación, el paisaje gris con manchas pardas se convertía en un paisaje gris con manchas verdes.

—Por cierto, ¿quién encontró muerto al cazador furtivo?
—preguntó la muchacha con aire perezoso.

—Fue Tovat, uno de los guardias recién incorporados. Todavía no lo conoces.

—¡Ah, sí! Es el chico que tiene el pelo de ese color castaño anaranjado que la gente dice que es rojo. Me cae bien. Es resuelto y se protege la mente.

—¿Lo conoces? Y admiras su cabello, ¿eh? —inquirió Arquero en un tono cortante, que a ella le resultaba familiar.

—¡Venga ya, Arquero! No he dicho nada de que me guste el pelo de ese guardia. Y aunque sólo sea por simple cortesía, sé los nombres y conozco las caras de todos los hombres que apuestas en mi casa.

—Pues ya no lo apostaré más aquí. —La voz de Arquero tenía un ribete desagradable, y ella guardó silencio un momento para no replicar de mala manera al discutible (y asaz hipócrita) derecho a estar celoso. Ponía en evidencia un sentimiento que a la joven le traía sin cuidado en ese momento, así que contuvo un suspiro de irritación, y cuando le contestó, eligió con cuidado las palabras para no perjudicar a Tovat:

48

—Espero que cambies de parecer, porque es uno de los pocos guardias que me respeta, tanto en el aspecto físico como mentalmente.

—Cásate conmigo y vive en mi casa. Así yo seré tu guardián. En esta ocasión Fuego ya no consiguió contener la irritación.

—Sabes que no aceptaré, y me gustaría que dejaras de proponérmelo. —Una gota grande de lluvia le cayó en la manga—. Creo que iré a visitar a tu padre.

Gimiendo de dolor, se puso de pie y dejó la chaqueta en el regazo del hombre; al marcharse le acarició en el hombro porque, si bien Arquero no le gustaba, lo quería.

Mientras entraba en la casa, se puso a llover.

Lord Brocker vivía en casa de su hijo, y Fuego le pidió a un guardia, que no era Tovat, que la acompañara bajo la lluvia porque, a pesar de ir armada con una lanza, se sentía desprotegida sin el arco y la aljaba.

El padre de Arquero se encontraba en la armería de la casa dando instrucciones con voz atronadora a un hombretón al que

Fuego reconoció como el ayudante del herrero de la villa. Lord Bocker la vio llegar, pero no por ello dejó de vocear, aunque el herrero dejó de prestarle atención unos instantes porque se quedó contemplando con fijeza a la muchacha; en los ojos y en la sonrisa bobalicona del hombre había un algo de grosero, repulsivo.

Ese tipo la conocía desde hacía tiempo más que suficiente para saber que debía guardarse contra el poder de su extraña belleza de monstruo, de modo que, si no se protegía, significaba que no quería hacerlo. La decisión de rendir la mente a cambio del placer de sucumbir a su hermosura era prerrogativa del herrero, pero ella no lo animaría, de modo que no se quitó el pañuelo marrón. Asimismo rechazó el contacto con la mente del hombre y, pasando junto a él, se dirigió a un cuartito anexo para que no la pudiera ver; en realidad se trataba de un armario, una especie de tabuco oscuro equipado con estanterías en las que se amontonaban aceites, pulimentos y herramientas viejas y oxidadas que nadie usaba nunca.

Era humillante tener que recluirse en un viejo armario maloliente; debería ser el ayudante del herrero el que se sintiera abochornado por ser un zopenco que renunciaba de buena gana al control sobre sí mismo. ¿Y si mientras la contemplaba embozado e imaginaba cualquier cosa que su miserable mente osara representarse, ella lo convencía para que desenvainara el cuchillo y se sacara un ojo? Hacer algo así sería lo que le habría gustado a Cansrel; él jamás se batía en retirada.

Las voces de los hombres dejaron de oírse, y la mente del herrero se alejó de la armería; las grandes ruedas de la silla de lord Bocker chirriaron cuando el noble las hizo girar en dirección al armario; al llegar a la puerta, se detuvo.

—Sal de ahí, pequeña, ya se ha marchado. Ese botarate... Si un ratón monstruo le robara la comida delante de sus narices, el muy idiota se rascaría la cabeza, confuso, porque no recordaría si se la había comido o no. Por tu aspecto diría que necesitas sentarte, así que vayamos a mis aposentos.

La casa de Arquero perteneció a Bocker hasta que éste le transfirió a su hijo la administración de la propiedad. Pero como el noble ya iba en silla de ruedas antes incluso de que Arquero

naciera, la casa estaba organizada de forma que todo —a excepción de los aposentos del muchacho y los cuartos de los criados— se encontraba ubicado en la primera planta para que le resultara accesible.

Fuego caminó al lado del noble a través de un vestíbulo de piedra, apenas alumbrado por la luz grisácea que entraba por las altas ventanas, y dejaron atrás la cocina, el comedor, la escalera y el cuarto de la guardia. La casa estaba llena de gente, criados y guardias que entraban del exterior o bajaban del piso superior. Las criadas que se cruzaban con ellos saludaban a Brocker, pero ponían buen cuidado en hacer caso omiso de ella, distantes y con la mente protegida, como siempre. Aunque Fuego, por su condición de monstruo y de ser hija de Cansrel, no provocaba ningún resentimiento en las mujeres que estaban al servicio de Arquero, sí lo hacía porque todas estaban enamoradas de él.

En cuanto llegaron a la biblioteca, ella se sentó con gusto en una silla mullida y bebió la copa de vino que una criada antipática le puso en la mano con brusquedad; Brocker situó su silla rodante frente a ella y le escrutó el rostro.

50

—Si quieres echar un sueño, querida, te dejaré sola —le ofreció.

—Quizás un poco más tarde.

—¿Cuánto hace que no duermes toda una noche seguida?

—No me acuerdo. —El padre de Arquero era una persona ante la que no le importaba admitir dolor o cansancio—. No es algo que ocurra con frecuencia.

—Sabes bien dónde hay medicamentos que te ayudarían a dormir.

—Sí, pero me dejan atontada.

—Acabo de escribir una historia de estrategia militar en Los Vals; puedes llevártela si quieres. Te ayudará a dormir a la vez que aumentará tu inteligencia y tu imbatibilidad.

Fuego sonrió y dio un sorbo del amargo vino valense; dudaba que le entrara sueño al leer esa historia. Todo lo que ella sabía sobre ejércitos y guerras lo había aprendido de aquel hombre, y él nunca la aburría. Hacía unos veintitantos años, en pleno auge del anterior monarca —el rey Nax—, Brocker fue el comandante más brillante que jamás tuvo el ejército de Los Vals; hasta el

día en que el rey lo capturó y le machacó las piernas (no se las rompió, sino que ordenó a ocho hombres que se las aplastaran manejando un mazo por turnos), y después lo envió medio muerto de vuelta a casa con su esposa, Aliss, al norte de Los Vals.

Ignoraba qué falta tan terrible cometió Bocker para justificar semejante trato por parte de su rey; Arquero tampoco lo sabía. Aquel episodio tuvo lugar antes de que ellos dos nacieran, y el noble no hablaba nunca de ello. Además, las lesiones sólo fueron el principio del drama, porque un par de años más tarde, cuando el padre de Arquero se había recuperado del daño sufrido hasta donde era posible dadas las circunstancias, Nax seguía furioso con su comandante, así que escogió con sumo cuidado a un malhechor encarcelado en las mazmorras —un tipo canallesco y salvaje—, y lo envió al norte para que castigara a Bocker haciendo sufrir a su esposa. De ahí que Arquero fuera apuesto y alto, de ojos castaños y cabello claro, mientras que Bocker tenía los iris grises, el cabello oscuro y una apariencia corriente. No era, pues, el verdadero padre de Arquero.

En ciertos lugares y en otros tiempos, la historia de este hombre habría sido impactante, pero no así en Burgo del Rey ni en la época en que el rey Nax gobernaba al arbitrio de su valido: Cansrel.

La voz de Bocker sacó a Fuego de tan horribles pensamientos: —Si no me han informado mal, parecer ser que has tenido el raro placer de ser herida por la flecha disparada por un hombre, cuya intención no era matarte. ¿Sentiste algo diferente?

—En mi vida había recibido un disparo tan placentero —rio Fuego, coreada por la risita divertida del noble.

—Es gratificante hacerte reír —aseguró el inválido mientras la observaba con expresión bondadosa—. El dolor se te borra del semblante.

Bocker siempre conseguía arrancarle una sonrisa y, sobre todo en los días en que Arquero estaba intratable, para Fuego era un alivio el indefectible talante cordial que utilizaba con ella; considerando que el dolor no lo dejaba nunca en paz, su actitud era digna de admiración.

—Bocker, ¿cree que habría cabido la posibilidad de que las cosas hubieran sucedido de otra manera? —Él puso cara de per-

plejidad—. Me refiero a la relación entre Cansrel y el rey Nax —aclaró Fuego—. ¿Cree que la asociación entre ambos podría haber sido distinta? Y por otra parte, ¿habrían logrado Los Vals sobrevivir a esa asociación?

Serio, aunque sosegado, ante la simple mención del nombre de Cansrel, el noble la observó en silencio y, al cabo de un momento, contestó:

—El padre de Nax fue un rey respetable que tuvo en el padre de Cansrel un valioso consejero monstruo. Pero, querida mía, Nax y Cansrel eran dos seres completamente distintos. El primero no heredó la fortaleza de su padre, y sabes tan bien como el que más, que el segundo no heredó ni una pizca de la empatía de su progenitor. Además, como crecieron juntos, cuando Nax subió al trono, llevaba ya toda la vida siendo dominado por Cansrel. ¡Oh, sí, el rey tenía buen corazón, no me cabe duda! En realidad lo demostró algunas veces, pero daba igual porque también era un poco perezoso y un mucho propenso a que otra persona pensara por él. Esa manera de ser era todo cuanto Cansrel necesitaba, y aprovechó la oportunidad; Nax no tenía ninguna posibilidad. —Hizo un gesto de pesadumbre, afectado por los recuerdos—. Desde el principio, Cansrel utilizó a Nax para conseguir lo que deseaba, y lo único que deseó siempre fue su propia satisfacción. Era inevitable, querida niña —añadió al tiempo que centraba de nuevo la atención en el semblante de la muchacha—. Mientras vivieron, Cansrel y Nax no hicieron otra cosa que conducir el reino a la perdición.

A la perdición... Bocker le había explicado a Fuego los pasos que habían abocado al reino en esa dirección desde el momento en que el joven Nax ocupó el trono. El rey empezó a frecuentar a muchas mujeres y celebrar numerosas fiestas, lo que no resultó tan desastroso porque se enamoró de una dama de cabello negro, procedente del norte de Los Vals, llamada Roen, y se casó con ella. La unión tuvo como fruto un hijo, un chico apuesto y moreno llamado Nash, e incluso con las riendas en manos de un monarca un tanto negligente, el reino gozó de cierta estabilidad.

Pero ocurrió que Cansrel se aburría; siempre necesitó del exceso para sentirse satisfecho, de modo que requirió más fiestas, más vino, más mujeres... y luego, púberes de la corte que alivia-

ran la monotonía de sus relaciones con mujeres... Y estupefactos. Nax accedió a todo; era como una cáscara hueca que albergaba la mente de Cansrel, un pelele que asentía, aceptando todo cuanto el consejero monstruo le decía que era lo mejor.

—No obstante, usted me contó que, a la larga, fueron las drogas las que destruyeron a Nax —apuntó Fuego—. ¿Cree que habría aguantado de no ser por su adicción?

—Quizá. Cansrel nunca perdió el control de sí mismo a pesar de tener ese veneno en la sangre, el muy maldito, pero no ocurrió lo mismo con Nax; él se convirtió en un ser sobreexcitado, paranoico, descontrolado, y más vengativo que nunca.

Calló al llegar a ese punto, clavada la vista en sus piernas destrozadas, el gesto desolado. La muchacha aisló sus emociones con firmeza para evitar que la curiosidad invadiera la mente del hombre como un torrente, y, menos aún, la compasión. Eso no debía ocurrir nunca.

Al cabo de un momento, el noble alzó la vista y le sostuvo la mirada de nuevo; incluso esbozó una sonrisa.

—Tal vez sería justo decir que, de no ser por las drogas, Nax no se habría vuelto un maniaco, pero, en mi opinión, que cayera en tal estado era tan inevitable como todo lo demás, porque Cansrel influía en su mente como una auténtica droga. La gente se daba cuenta de lo que estaba pasando: el rey castigaba a hombres observantes de la ley y acordaba alianzas con delincuentes que despilfarraban el dinero de los cofres reales. Los que fueran aliados de su padre le retiraron el apoyo, como no podía ser de otra forma, y tipos ambiciosos, como Mydogg y Gentian, empezaron a maquinarse y a entrenar escuadrones de soldados con la excusa de hacerlo en defensa propia, porque ¿quién reprocharía a un señor montañés que actuara así estando las cosas tan revueltas? Ya no imperaba la ley (al menos, fuera de la ciudad), porque a Nax no se lo podía molestar para que se ocupara de hacerla cumplir, las calzadas dejaron de ser seguras, y uno tenía que estar loco o al borde del suicidio para viajar por las rutas subterráneas, plagadas de saqueadores, asaltantes y traficantes del mercado negro que proliferaban por doquier. Hasta los pikkianos, que durante siglos se habían contentado con pelearse entre ellos, decidieron aprovecharse de la anarquía en la que estaba sumido nuestro reino.

Fuego sabía todo eso; conocía su propia historia. Finalmente, un reino conectado por túneles, acribillado de cuevas y atestado de predios montañoses recónditos no resistió semejante inestabilidad; había sitios de sobra donde ocultar cosas nefastas.

Los conflictos armados estallaron en Los Vals; no eran guerras propiamente dichas entre adversarios políticos bien definidos, sino contiendas chapuceras entre diferentes grupos en conflicto: un vecino contra otro, un grupo de invasores de las cavernas contra el feudo de algún pobre noble, una alianza de señores feudales valenses contra el rey... A Brocker se le encomendó que sofocara todas las sublevaciones del reino; era un cabecilla militar mucho mejor de lo que Nax merecía tener y, durante varios años, realizó un trabajo impresionante, pero el ejército y él estaban solos, abandonados a su suerte. En Burgo del Rey, Cansrel y Nax se hallaban muy ocupados, dedicados en cuerpo y alma a las mujeres y a las drogas.

54

El monarca engendró gemelos con una lavandera de palacio; fue entonces cuando Brocker incurrió en el misterioso agravio, y Nax tomó represalias. Y el día en que el monarca destruyó a su comandante, asestó un golpe de muerte a cualquier esperanza de gobernar su reino, pues las contiendas proliferaron como las malas hierbas. En aquella misma época, Roen dio otro hijo a Nax, un niño de cabello oscuro llamado Brigán; el reino de Los Vals entró en una etapa difícil.

Cansrel disfrutó mucho al saberse rodeado de desesperación; le divertía destrozarse cosas gracias al poderío que ostentaba y, para él, la diversión era un deseo insaciable.

A las contadas mujeres que no lograba seducir con su belleza o con la mente, las violaba, y a las pocas que se quedaban preñadas, las mataba; no quería bebés monstruo que se desarrollaran como niños monstruo y llegaran a adultos que a lo mejor minaban su poder.

Brocker nunca supo explicarle a Fuego por qué razón Cansrel no mató a su madre; era un misterio, pero la muchacha sabía a qué atenerse y no creía que hubiera una explicación romántica. Ella fue concebida en un tiempo de depravado pandemónium

y, probablemente, su padre olvidó que había llevado a Jessa a su lecho o quizá no reparó en su preñez; al fin y al cabo, sólo era una criada de palacio. Tal vez ni siquiera pensó que era responsable del embarazo hasta que la criatura nació con un pelo tan asombroso que Jessa le puso el nombre de Fuego.

Así pues, ¿por qué permitió Cansrel que su hija viviera? La joven tampoco tenía respuesta a tal pregunta. Movido por la curiosidad, su padre fue a visitarla con la intención más que probable de asfixiarla. Pero al verle la cara, al oír los gorjeos que emitía, al tocarle la piel y captarle la diminuta, intangible y perfecta naturaleza de monstruo, decidió —a saber por qué razón— que no quería aniquilar a esa criatura.

Cuando aún era una niña de pecho, Cansrel se la arrebató a su madre; una humana monstruo tenía demasiados enemigos, y él quería que la niña creciera en un lugar aislado en el que se encontrara a salvo, lejos de Burgo del Rey. De modo que la llevó al predio que poseía al norte del reino, una propiedad que frecuentaba en muy raras ocasiones, y la dejó al cuidado de su estupefacto mayordomo, Donal, y de unos pocos cocineros y criados.

—Criadla —ordenó.

Lo demás lo recordaba Fuego por sí misma; su vecino, Brocker, se interesó por la pequeña monstruo huérfana y se ocupó de que recibiera enseñanza en historia, escritura y matemáticas. Cuando la niña mostró interés por la música, le buscó un maestro; y Arquero se convirtió en su compañero de juegos y, con el tiempo, en su amigo de confianza. La madre de éste, Aliss, murió de una enfermedad crónica que se le declaró después de dar a luz, y por su parte, Fuego supo de la muerte de Jessa a través de las noticias que recibía Brocker.

Cansrel pasaba por el predio con frecuencia, y sus visitas confundían a la niña porque le recordaban que tenía dos padres que nunca se encontraban si podían evitarlo, ni intercambiaban más palabras que las imprescindibles para no incurrir en la descortesía, pero siempre discrepaban.

Uno de ellos era poco dado a hablar, un hombre serio, de cuerpo contrahecho, que se desplazaba en silla de ruedas.

—Niña —le decía con afecto—, del mismo modo que nosotros te respetamos protegiendo nuestras mentes de la tuya y nos

comportamos contigo como es debido, asimismo tú debes respetar a tus amigos y no utilizar nunca tus poderes contra nosotros a propósito. ¿Te parece razonable? ¿Lo entiendes? No quiero que hagas algo que no comprendas.

Su otro padre era radiante, esplendoroso y, en aquellos primeros años, alegre casi siempre; la besaba, la alzaba en el aire y la hacía girar como un tiovivo, la subía a acostar... Parecía irradiar calor y electricidad, y si ella le rozaba el cabello tenía la impresión de acariciar satén por su calidez al tacto.

—Dime, ¿qué te ha enseñado Bocker? —le preguntaba con un timbre de voz suave y dulce como el chocolate—. ¿Has practicado el uso de tu poder mental con los sirvientes y los vecinos, o con los caballos y los perros? No hay nada malo en que lo hagas, ¿sabes?, estás en tu derecho porque eres mi niña preciosa, y la belleza disfruta de unos derechos que la fealdad jamás tendrá.

56

Fuego estaba enterada de cuál de los dos era su verdadero progenitor, al que llamaba «padre», en vez de «Bocker», y a quien quería con locura porque siempre era el recién llegado o el que estaba a punto de marcharse, y porque en los cortos períodos que pasaban juntos no se sentía como un fenómeno de la naturaleza. La gente que la despreciaba o la amaba en demasía experimentaba los mismos sentimientos por Cansrel, aunque el comportamiento con él era diferente; por ejemplo, la clase de comida que ella devoraba con ansia —una preferencia que era motivo de mofa por parte de sus propios cocineros— era la misma por la que Cansrel sentía debilidad, pero cuando él estaba en casa los cocineros la preparaban y no se burlaban. Durante esas visitas, Cansrel se sentaba con su hija y hacía una cosa prohibida a los demás: le daba lecciones para mejorar su capacidad mental. Se comunicaban sin pronunciar palabra y eran capaces de tocarse aunque cada uno se encontrara en puntos alejados de la casa. El verdadero padre de Fuego era como ella; en realidad la única persona del mundo igual que ella.

Él le hacía siempre la misma pregunta nada más llegar:

—Mi querida hija monstruo, ¿alguien ha sido malo contigo mientras he estado ausente?

¿Malo? Los niños le arrojaban piedras en la calzada, y a veces le ponían la zancadilla o la abofeteaban o la insultaban. La

gente a la que caía bien, la abrazaba, pero lo hacía con demasiada fuerza y se tomaban muchas libertades con las manos.

No obstante, Fuego aprendió desde muy pequeña a responder que no a esa pregunta, a mentirle y a protegerse la mente para que él no se diera cuenta de que le mentía. Ésa era otra de las cosas que la confundía porque, a pesar de anhelar tanto las visitas de su padre, caía de nuevo en la mentira en el mismo momento en que aparecía.

Tenía cuatro años cuando acogió a un cachorro de una camada que nació en los establos de Brocker; eligió al perrito, y Brocker le permitió quedárselo porque, como el animal tenía tres patas que le funcionaban bien pero arrastraba la cuarta, nunca serviría para llevar a cabo ninguna tarea. El cachorro era de color gris oscuro y de ojos muy brillantes; Fuego le puso de nombre *Bor*, abreviatura de «albor».

Bor era alegre, un animalillo algo alocado que no tenía ni idea de que le faltaba algo que los otros perros tenían. Era nervioso, brincaba mucho y a veces tenía propensión a morder a las personas por las que sentía predilección. Y no había nada que lo pusiera más frenético de excitación, ansiedad, gozo y terror —todo simultáneamente—, que la presencia de Cansrel.

Un día en el jardín, éste se acercó de forma repentina a Fuego y a *Bor*. Pillado por sorpresa, el animal saltó sobre la niña, y al morderla más fuerte que de costumbre, ella gritó.

Cansrel corrió hacia su hija, se arrodilló y la cogió en brazos, de forma que la camisa se le manchó con la sangre que la pequeña tenía en los dedos.

—¡Fuego! ¿Estás bien? —La niña se le aferró porque, aunque sólo momentáneamente, *Bor* la había asustado. Sin embargo, cuando se recobró del susto, vio y sintió que el perro se golpeaba contra el extremo afilado de una piedra una y otra vez.

—¡Déjalo, padre! ¡Para ya!

Él sacó un cuchillo que llevaba al cinto y se dirigió hacia *Bor*; La niña chilló y lo agarró.

—¡No le hagas daño, padre, por favor! ¿Es que no te das cuenta de que no tenía intención de morderme?

Le tanteó la mente, pero el hombre era demasiado fuerte

para ella; aferrada a los pantalones de su padre, le golpeó con los puñitos y rompió a llorar.

Entonces, Cansrel se detuvo, metió el cuchillo en el cinturón y se puso en jarras, furioso, mientras *Bor* se alejaba renqueante y con la cola entre las patas. Entonces pareció cambiar de humor y se agachó de nuevo delante de Fuego; la abrazó, la besó y le susurró palabras de consuelo hasta que cesó el llanto de la pequeña. Después le limpió la sangre de los dedos, se los vendó y la invitó a que se sentara para impartirle una lección sobre el control de la mente de los animales. Cuando por fin la dejó marchar, ella corrió en busca de *Bor*, que se había refugiado en un rincón de su dormitorio, acurrucado, aturdido y avergonzado. La pequeña lo acomodó en su regazo y practicó un ejercicio para relajarle la mente, y así ser capaz de protegerlo la próxima vez.

A la mañana siguiente, se despertó en medio de un profundo silencio, en lugar del habitual ruido de las fuertes pisadas de *Bor* de aquí para allá, al otro lado de la puerta. Lo buscó todo el día, tanto en el recinto de su finca como en el de la casa de Brocker, pero no lo encontró. El perro había desaparecido.

58

—Supongo que ha huido. Los perros se escapan, ¿sabes? Pobrecita mía —dijo Cansrel con melosa compasión.

Y así fue como Fuego aprendió a mentir a su padre cuando le preguntaba si alguien le había hecho daño.

A medida que pasaban los años Cansrel espació las visitas, si bien las estancias se prolongaron, ya que los caminos eran cada vez más peligrosos. A veces se presentaba en la casa después de haber permanecido ausente durante meses; lo acompañaban mujeres o tratantes que comerciaban con animales y con drogas, o que le traían nuevos monstruos para meterlos en las jaulas. En ocasiones se pasaba todo el tiempo, desde que llegaba hasta que se iba, enganchado al veneno de alguna planta; o si estaba sobrio del todo, sufría extraños arrebatos, ataques de ira arbitrarios en los que la tomaba con todo el mundo, excepto con Fuego; otras veces se hallaba en un estado tan lúcido y encantador como las notas agudas que la muchacha tocaba con su flauta. Ella llegó a temer las llegadas de su padre, esas invasiones estridentes, arrolladoras,

maravillosas y disolutas que irrumpían en su sosegada vida, aunque cuando se marchaba, se sentía tan sola que la música era lo único que la consolaba, por lo que se metía de lleno en las clases sin importarle que hubiera ratos en los que su maestro resultara odioso o mostrara resentimiento por su creciente pericia.

Brocker nunca le ocultó la verdad sobre Cansrel.

No quiero creerte —pensó, dirigiéndose al hombre, después de que le relatara otro de los actos reprochables de su padre monstruo—. *Pero sé que es cierto porque él mismo me cuenta esas cosas sin avergonzarse, y lo explica como si fueran lecciones, una guía para mi comportamiento. Le preocupa que no utilice mi poder como un arma.*

—¿Es que no se da cuenta de lo diferentes que sois tú y él? —Era la pregunta que Brocker repetía—. ¿Es que no ve que estás hecha de un molde por completo distinto al suyo?

Fuego era incapaz de describir la soledad que sentía cuando Brocker hablaba de ese modo. A veces habría querido con toda su alma que el hombre bueno, apacible y sencillo que tenía por vecino fuera su verdadero padre; habría querido ser como él, estar hecha a su imagen y semejanza, pero era consciente de quién era y de lo que era capaz. Incluso después de deshacerse de los espejos, lo veía reflejado en los ojos de la gente y comprendía lo fácil que le resultaría montarse la vida un poco más fácil, un poco más agradable, de la misma forma que Cansrel lo hacía de continuo. Nunca le confesó a nadie, ni siquiera a Arquero, lo mucho que se avergonzaba de tener esa tentación.

Fuego contaba trece años cuando las drogas acabaron con Nax; su hijo, Nash, se convirtió a los veintitrés años en monarca de un reino sumido en el caos. Los ataques de ira de Cansrel se hicieron más frecuentes, igual que los períodos de melancolía.

La muchacha tenía quince años cuando Cansrel abrió la puerta de la jaula que retenía cautivo al leopardo monstruo de color azul medianoche con ocelos dorados, y la abandonó para siempre.

Capítulo 3

60

Fuego no se percató de que se había quedado dormida en la biblioteca de lord Brocker hasta que se despertó allí. Fue el gatito monstruo del noble el que la despertó al columpiársele del repulgo del vestido, como se habría balanceado un hombre del extremo de una cuerda. Ella parpadeó para adaptar la vista a la luz desvaída, y el gesto absorbió la conciencia del animalito. Seguía lloviendo, y se hallaba sola en la estancia. Se dio un masaje en el hombro del brazo herido y se desperezó en la silla; notaba el cuerpo agarrotado y dolorido, pero se encontraba mejor tras el descanso.

Hincándole las uñas en la rodilla, el gatito trepó por la falda y se la quedó mirando con fijeza, colgado de la tela, muy consciente de la naturaleza de la muchacha porque el pañuelo se le había resbalado hacia atrás un par de dedos (los monstruos se sondeaban unos a otros para evaluarse). El minino, de pelaje de un color verde intenso en el cuerpo y dorado en las patitas, le tanteó la mente.

Ni que decir tiene que ningún animal monstruo era capaz de controlar mentalmente a Fuego, lo cual no era óbice para que algunas de las especies más simples lo intentaran. Aquel gato era demasiado pequeño y demasiado tonto para pensar en comérsela, pero quería jugar, mordisquearle los dedos, lamerle un poco de sangre. Sin embargo, a la joven no le apetecía aguantar los mordiscos juguetones de un gatito monstruo, de modo que lo cogió, se lo colocó en el regazo, le acarició las orejas por detrás, le murmuró tonterías referentes a lo fuerte, guapo e inteligente que era y, por si acaso, le lanzó un eco mental de somnolencia. El animalillo dio una vuelta en el regazo de la joven y se durmió de golpe.

Debe tenerse en cuenta que los gatos domésticos monstruo eran muy apreciados porque controlaban la población de ratones monstruo, y también la de ratones normales. Ese minino se haría grande y gordo, disfrutaría de una vida larga y satisfactoria y, casi con toda seguridad, engendraría gatitos monstruo a montones.

Los humanos monstruo, por otra parte, no solían vivir mucho tiempo; en su contra tenían muchos depredadores y demasiados enemigos. Más valía que sólo quedase ella; por ese motivo, hacía mucho tiempo que había decidido que sería la última de su especie, incluso antes de haber metido en su lecho a Arquero. No habría otros Cansrel.

Percibió la presencia de su amigo y de Brocker en el pasillo, tras la puerta de la biblioteca, y a continuación oyó las voces, soliviantadas y destempladas... ¿Era víctima Arquero de otro de sus arrebatos de mal humor, o es que había ocurrido algo malo mientras ella dormía? Les rozó la mente para que supieran que estaba despierta.

Al momento Arquero abrió de par en par la puerta de la biblioteca y la sujetaba para que pasara su padre; entraron juntos, sin dejar de hablar entre ellos, mientras el chico agitaba el arco en el aire, colérico.

—¡Maldito sea el guardia de Trilling por intentar capturar a ese hombre él solo!

—Quizá no tuvo otra opción —argumentó Brocker.

—Los hombres de Trilling son demasiado impulsivos.

—Qué acusación tan interesante viniendo de ti, muchacho —bromeó Brocker con un destello divertido en los ojos.

—Yo soy impulsivo a la hora de soltar la lengua, padre, no para empuñar la espada. —Echó un vistazo a Fuego y al gatito dormido en su regazo—. ¿Cómo estás, cariño?

—Mejor.

—¿Qué opinión tienes de nuestro vecino, Trilling? ¿Confías en él?

Trilling era uno de los hombres más sensatos con los que ella tenía trato de forma habitual; su esposa no sólo la había contratado para que diera clases de música a sus hijos, sino para que les enseñara a protegerse la mente contra el poder de los monstruos.

—Nunca me ha dado motivo para desconfiar de él. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha encontrado a dos hombres muertos en su bosque, uno de los cuales era su propio guardia, y lamento tener que decirte que el segundo individuo era un desconocido. A los dos se les aprecian cuchilladas y contusiones, como si hubieran luchado entre sí, pero lo que acabó con la vida de ambos fueron un par de flechas. Al guardia le alcanzaron en la espalda desde lejos, y al desconocido le acertaron en la cabeza, a corta distancia; las dos flechas están hechas de la misma madera que la que mató a tu cazador furtivo.

Fuego intentó con rapidez encontrar sentido al incidente, y especuló:

—El arquero los divisó mientras peleaban, disparó al guardia de Trilling desde lejos y a continuación se aproximó al desconocido y lo ejecutó.

62 —Una ejecución muy personal, diría yo —intervino lord Bocker, carraspeando—. Eso, si damos por sentado que el arquero y el desconocido eran compañeros, y parece bastante probable que entre estos forasteros tan violentos que han aparecido últimamente por nuestros bosques haya alguna relación, ¿no os parece? El desconocido asesinado hoy sufría heridas graves en las piernas por las cuchilladas, heridas que no lo habrían matado, pero que sin duda le habrían dificultado mucho al arquero sacarlo de allí después de que el guardia de Trilling cayera muerto. Es posible que el arquero disparara al guardia para proteger a su compañero, pero después, dándose cuenta de que éste tenía heridas demasiado graves para intentar salvarlo, decidió eliminarlo también a él.

Fuego enarcó las cejas al escuchar el planteamiento del noble; abstraída, acarició al gatito monstruo y se dijo que si el arquero, el cazador furtivo y el último forastero asesinado pertenecían a un mismo grupo, parecía que la responsabilidad del arquero consistía en no dejar atrás a nadie que pudiera responder a preguntas respecto a por qué motivo se encontraban en esos parajes. Y, en vista de los resultados, cumplía muy bien con su trabajo.

Sumido en sus reflexiones, Arquero miraba con fijeza el suelo mientras le daba golpecitos con el extremo del arco.

—Voy a visitar la fortaleza de la reina —anunció.

—¿Por qué? —inquirió Fuego.

—No me queda más remedio que pedirle que me proporcione más soldados, y quiero información de lo que han descubierto sus espías. Es posible que tenga algún indicio de que exista una relación entre esos desconocidos y Mydogg o Gentian. Quiero estar enterado de lo que pasa en mis bosques, Fuego, y quiero a ese arquero.

—Iré contigo —dijo la joven.

—No —fue la tajante respuesta de Arquero.

—Iré.

—He dicho que no. No podrías defenderte por ti misma, ni siquiera estás en condiciones de cabalgar.

—Sólo es un día de viaje. Espera una semana, déjame que repose y te acompañaré.

Arquero levantó una mano para interrumpirla y rechazó su propuesta.

—No malgastes saliva. ¿Por qué iba a permitir semejante cosa?

«Porque Roen se muestra amable conmigo hasta lo inaudito cuando visito su fortaleza del norte —habría querido responderle—; porque conocía a mi madre y porque es una mujer de carácter firme; porque la estima de una mujer tiene algo de lenitivo; porque ella nunca me desea, o si lo hace alguna vez, no es lo mismo.»

—Porque —contestó en voz alta, en cambio—, Roen y sus espías querrán hacerme preguntas sobre lo ocurrido cuando el cazador furtivo me disparó, y lo poco que conseguí percibir en su mente. Además, no eres ni mi esposo ni mi padre —agregó, para anticiparse a las objeciones de su amigo—. Soy una mujer de diecisiete años, dispongo de mis propios caballos, cuento con mi propio dinero y soy yo la que decide adónde voy y cuándo. Prohibirme que vaya no es prerrogativa tuya.

Arquero golpeó el suelo con el extremo del arco, pero lord Brocker se echó a reír.

—No discutas con ella, muchacho. Si es información lo que realmente buscas, serías un necio si no llevaras contigo al monstruo que tienes a tu disposición.

—Las calzadas son peligrosas —le espetó su hijo.

—Y este predio lo es también —replicó Brocker—. ¿No crees que se sentirá más segura si estás a su lado para defenderla con tu arco?

—Está más segura aquí, en casa, con los cerrojos corridos.

El hombre giró su silla de inválido hacia la puerta y afirmó:

—Tiene poquísimos amigos, Arquero; sería cruel por tu parte marcharte de inmediato a ver a Roen y dejarla aquí.

Fuego cayó en la cuenta de que tenía al gatito entre los brazos y lo estrechaba contra el pecho, como si lo protegiera de algún peligro. Era una reacción instintiva al darse cuenta de que sus propios actos, incluso sus sentimientos, eran tema de debate entre dos hombres quisquillosos; y la asaltó el deseo repentino de que aquella criatura que sostenía fuera su bebé para cuidarlo y mimarlo, y la librería de la gente que no la entendía.

«Estúpida —se recriminó, furiosa—. Que no se te pase siquiera por la cabeza. ¿Qué necesidad tiene el mundo de otro pequeño ladrón de mentes?»

64

Lord Brocker asió la mano de su hijo y lo miró a los ojos para sosegarlo y hacerle entrar en razón; a continuación, salió al pasillo y cerró la puerta, dejando tras de sí el altercado.

Dubitativo, Arquero escudriñó el semblante de la joven, y ésta, suspirando, acabó por perdonar a su testarudo amigo y al testarudo padre que lo había adoptado. Sus peleas, por mucho que la apabullaran, brotaban del manantial de dos grandísimos corazones; además, todo quedaba en palabras.

Soltó al gatito en el suelo, se levantó y le cogió una mano a Arquero, como había hecho su padre. El joven contempló con serenidad las manos enlazadas de ambos; después se llevó los dedos de Fuego a los labios, le besó los nudillos e hizo toda una exhibición de examinarle la mano, como si nunca se la hubiera visto.

—Prepararé mi equipaje —dijo la joven—. Avísame cuando sea la hora de partir.

Se puso de puntillas para besarle la mejilla, pero él la interceptó y la besó en la boca con suavidad; Fuego se lo permitió unos instantes, después se zafó del abrazo y abandonó la biblioteca.